

CONSULTORES EN CRÍTICA POLÍTICA: NOTAS SOBRE LA SOCIOLOGÍA “POST-ETNOMETODOLÓGICA” DE LUC BOLTANSKI

A. JAVIER IZQUIERDO

Precisamente la voluntad de rebelarse y destruir la conspiración es lo que le permite a ésta incluirlo [al héroe] en el escenario y destruirlo en el proceso, algo para lo que probablemente el habitual término “cooptación” no constituye la mejor caracterización.”

1. Introducción

El filósofo estadounidense Charles Saunders Peirce (1839-1914) dedicó buena parte de una obra monumental y enciclopédica a esbozar una respuesta para la siguiente pregunta: ¿cuáles son los valores morales propios de un “universo de azar”? En un extensa monografía publicada en francés en el año 1999 y aparecida recientemente en castellano, los sociólogos franceses Luc Boltanski y Eve Chiapello han ofrecido una respuesta original a esta pregunta sobre la base de los resultados provisionales de una prolija investigación empírica que trata de reconstruir la genealogía política de la variedad de ciencia social empírico-crítica que más éxito ha cosechado en el mundo de la gestión empresarial a lo largo de los últimos 30 años: el análisis de redes sociales.

2. Juegos de sociedad: de lo probable a lo justificable

La teoría sociológica contemporánea ofrece múltiples herramientas conceptuales y métodos de investigación para atacar el tipo de dilemas políticos y morales que presenta la “simetrización” del conocimiento experto y el conocimiento lego, o de sentido común. Escarbando en la herida abierta por la etnometodología californiana de los 60 en el corazón mismo de la ciencia social analítica, la sociología europea, y muy especialmente la sociología francesa, ha producido una interesante variedad de programas de sociología post-etnometodológica (vid. *infra* el apartado final para una discusión más

¹FREDRIC JAMESON, *La estética geopolítica*, Barcelona, Paidós, 1995, 85.

pormenorizada de este asunto) a lo largo de las dos últimas décadas. Uno de los desarrollos más interesantes en este sentido es, a mi juicio, el modelo de los órdenes de legitimidad moral (*ordres de grandeur*) elaborado por los sociólogos franceses Luc Boltanski y Laurent Thévenot y cuya presentación sistemática puede encontrarse en su libro *De la justification. Les économies de la grandeur* (Boltanski y Thévenot, 1991).¹

En *De la justification*, Boltanski y Thévenot presentan un original modelo combinatorio de los diferentes tipos de servidumbres (*contraintes*) de carácter semiótico y también físico a los que deben plegarse un tipo particularmente complejo de acciones humanas, las acciones “en régimen de justificación” que pretenden vincular eventos particulares a la búsqueda de una entidad metafísica, el bien común, para poder ser efectivamente puestas a prueba de forma legítima por aquellas otras acciones características que se desarrollan en régimen de crítica. Las acciones, a su vez, han de cumplir simétricamente con exactamente los mismos requisitos convencionales de formalización argumentativa y objetual para poder pasar del estatuto de quejas privadas al de denuncias públicas. El modelo teórico de las economías de la legitimidad moral (*économies de la grandeur*) intenta, en suma, servir de cuadro analítico para examinar la lógica situada del paso de lo particular a lo general, esto es, la tensión entre el juicio y la acción en un contexto práctico de la que se hace cargo, en la tradición de pensamiento de la filosofía política, la noción clásica de prudencia (Boltanski y Thévenot, 1991: 187).

Sin embargo, a principios de los años 80, las investigaciones del economista y estadístico Laurent Thévenot sobre la extensión del concepto económico de inversión al trabajo de fabricación de estándares cognitivos (Thévenot, 1984) y su relación con el problema (explorado en colaboración con el estadístico y sociólogo Alain Desrosières) de las operaciones cognitivas de cualificación y juicio probabilístico (Thévenot, 1983), tenían aparentemente poco que ver con el nuevo programa de investigaciones puesto en marcha por el sociólogo Luc Boltanski, discípulo aventajado de Pierre Bourdieu, tras la finalización de su Tesis de Estado sobre la construcción política de la clase directiva (*Les cadres*, 1982). Interesado, a raíz de su trabajo sobre las vías de promoción empresarial de los directivos

¹ A diferencia de los trabajos de sus colegas del Centro de Sociología de la Innovación de la Escuela de Minas de París, BRUNO LATOUR y MICHEL CALLON, el programa de investigaciones del Grupo de Sociología Política y Moral (GSPM) de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París, animado por los mencionados BOLTANSKI y THÉVENOT, junto con ALAIN DESROSIÈRES y el difunto MICHAEL POLLAK, es poco conocidos fuera de las fronteras académicas de la sociología francesa. La revista *European Journal of Social Theory* ha dedicado recientemente un número monográfico a presentar los trabajos de Boltanski y Thévenot al público anglosajón. El número (vol. 2, n. 3, 1999) incluía contribuciones de los propios BOLTANSKI y THÉVENOT (“The Sociology of Critical Capacity”, pp. 359-377), PETER WAGNER (“After Justification”, pp. 341-357) y THOMAS BÉNATOUÏL (“A Tale of Two Sociologies”, pp. 379-396). En la literatura en castellano, junto con el trabajo de DESROSIÈRES (1990 [1995]), puede encontrarse una sucinta presentación de las principales líneas de investigación del GSPM en CORCHI (1998: 75-79, 81, 94-100).

autodidactas, por el desenvolvimiento argumental de un curioso tipo de litigios profesionales que podían llegar a prolongarse durante muchos años (los “*affaires de toda una vida*”) y sobre la base de un trabajo preliminar de tratamiento semiótico y estadístico de un corpus de 275 quejas por escrito enviadas al periódico *Le Monde* durante el período 1979-81 (Boltanski, 1984), este sociólogo había comenzado a explorar los problemas teóricos, aparentemente tan diferentes, del tipo de experiencias que hacen surgir en los individuos un “deseo de justicia”, el trabajo político de denuncia pública mediante el cual los individuos buscan satisfacer ese deseo, las modalidades “normales” de apelación individual a la opinión pública, y las acusaciones de paranoia como caso límite (psicologización de lo político) de ese sistema de economía moral (Boltanski, 1990).

El modo de articulación inicial de estos dos proyectos investigadores tan aparentemente heterogéneos lo revelan un conjunto de “experimentos meta-sociológicos” diseñados y llevados a cabo por ambos autores durante 1981 y 1982 (Dosse, 1995: 57-58) al objeto de probar la consistencia práctica entre los métodos de inducción cualitativa empleados por los ciudadanos legos y los métodos de inducción cuantitativa empleados por los sociólogos profesionales para “moverse a través del espacio social” (Boltanski y Thévenot, 1983).² En estos experimentos Boltanski y Thévenot proponían a diferentes grupos de personas -cuadros del departamento de *marketing* de una gran empresa, trabajadores sociales, vendedores de una multinacional de la alimentación, estudiantes de enfermería, parados con formación universitaria, profesoras jubiladas de enseñanza primaria y secundaria-un conjunto de ejercicios de clasificación sociológica de personas. En el primer ejercicio se daba a cada uno de los miembros de un grupo un mazo de 65 fichas de datos personales (edad, dirección, estudios, profesión, puesto, empresa, etc.) elaboradas a partir de la información censal y se les pedía que definieran una sistema de categorías sociales (clase baja-media-alta; agricultura-industria-servicios; sector público-privado) para agrupar las fichas y luego que negociaran en grupo la combinación de los sistemas individuales en una sola taxonomía final. En el segundo ejercicio se pedía a los participantes que escogieran de entre las 65 fichas tres “ejemplos típicos” de directivos y obreros manuales.

El tercer y más sabroso ejercicio consistía en un juego de sobremesa, el “juego de la persona misteriosa”, en el cual los participantes tenían que identificar la ocupación o los “círculos sociales” (*social milieux*) de una persona real aunque

² BOLTANSKI Y THÉVENOT publicaron originalmente los resultados de estos experimentos en inglés, en un artículo de 1983 de la revista *Social Science Information* que tenía el revelador título de “Finding one’s way in social space” [Encontrando nuestro camino a través del espacio social]. Pese a encuadrarse todavía parcialmente dentro del paradigma sociología crítica del conocimiento elaborado por Pierre Bourdieu, este artículo fundador condensa ya todo el potencial de ruptura epistemológica y metodológica que los autores desarrollarían plenamente ocho años más tarde en *De la justification*.

desconocida para ellos haciendo averiguaciones sucesivas a partir de una serie de “pistas”, aportadas por las respuestas de la persona misteriosa a un cuestionario de identificación sociológica. Para obtener las pistas los jugadores, a quienes se daba un presupuesto inicial de dinero ficticio, debían “comprar” a un banquero fichas con las respuestas del cuestionario y ganaba la partida el jugador que, gastando un mínimo de dinero, reunía información suficiente para identificar con mayor precisión la ocupación o medios de vida del sujeto en cuestión. La variable de control fundamental introducida por los sociólogos en la forma de regla de juego para modular el comportamiento de los jugadores era una estructura diferencial de precios de los varios tipos de información disponibles según la cual las respuestas a preguntas sobre variables situacionales altamente correlacionadas con la ocupación (cualificación laboral, ingresos, tipo de empresa, etc.) tenían precios muy altos, mientras que la información sobre propiedades relacionadas con la vida privada de los sujetos (últimos libros leídos, discos favoritos, lugares de vacaciones, hobbies, etc.) eran relativamente más baratas.

A través de un análisis de contenido de las grabaciones en audio y vídeo de una serie de partidas de este juego, Boltanski y Thévenot caracterizan el comportamiento del “jugador excelente” como aquel cuyas secuencia de jugadas revela a la vez rasgos de (1) economía (pide mayormente información sobre la vida privada), (2) acumulación (“una nueva pieza de información no le hace abandonar el conocimiento previo obtenido sobre la persona”), (3) no redundancia (“mediante un sólo indicador llega al conjunto de disposiciones sociales que el análisis estadístico muestra como fuertemente relacionadas entre sí”), (4) flexibilidad (es capaz de modificar la imagen de la persona desconocida para adaptar la nueva información obtenida), (5) precisión (sabe cuando pararse y nunca emplea información de más) y (6) destreza práctica, pues suele ser capaz de movilizar de manera óptima (al modo de la teoría de la probabilidad condicional) su propio conocimiento práctico del mundo social obtenido a través de una serie de experiencias sociales previas, explicitándolo de manera suficiente “para poder usarlas como herramientas para descodificación de los fragmentos de información reunidos.” (Boltanski y Thévenot, 1983: 663). El artículo ofrece la transcripción de una secuencia prototípica de juego exitoso.

“Jean preguntó primero por el sexo (1 franco) de la persona misteriosa. El *croupier* le dice que se trata de una mujer. A continuación preguntó su edad (1 franco) –50 años– y su estado civil. En la ficha precodificada que le dio el *croupier* estaba señalada la categoría “soltero” seguida de las palabras escritas a mano “concubina”. Luego preguntó si la mujer posee vivienda o la alquila (1 franco). Respuesta: “alquiler” (comentario del jugador: “¿alquila? ¿con 50 años?”). A continuación el jugador compró el lugar de residencia (3 franco). La respuesta: “París, 7^o *arrondissement*”. (A lo que el jugador comenta: “Interesante”). Jean conoce bien la zona, tiene amigos allí y durante un tiempo trabajó en el barrio como peluquero de señoras. Sabe que es un

distrito rico, “burgués”, conoce sus tiendas de artículos de lujo, etc.) Su siguiente pregunta es sobre los tres programas de televisión favoritos de la mujer (3 francos): “Número uno, seriales y *Les Dossiers de l'écran* [un programa de entretenimiento muy popular] (su comentario: “Es una conserje. Concubina, con un piso alquilado, que ve programas como esos ¡y en el distrito séptimo! Tiene que ser conserje.”) Jean hace entonces una última pregunta sobre su coche (3 francos): “Alfa Romeo Sprint, 1979”. Detiene el juego y le pasa su respuesta por escrito al *croupier*: “No es una conserje, debe tener un comercio. Sí, tiene que tener una tienda para tener gustos como esos en los programas de televisión. Una peluquera, o de una tienda delicatessen, sí, seriales, *Les Dossiers de l'écran* y un Alfa Romeo ¡en el séptimo!” (Id., 661-62).

El jugador excelente del juego de identificación social planteado por Boltanski y Thévenot se comporta, en suma, tal como lo prescribe la teoría (sociológica) y la metodología (estadística) de la investigación empírica sobre la estructura social de nuestras sociedades. Pero al margen del éxito o el fracaso de las jugadas, el análisis de Boltanski y Thévenot distingue dos tipos ideales de jugador en el juego de la identificación social. Por un lado estarían aquellos ‘jugadores legalistas’ (cuyo perfil sociológico es el del hombre, con carrera profesional ascendente u ocupando puestos directivos) que se decantaban por pedir respuestas a preguntas de tipo “institucional” sobre características oficiales de los individuos tales como años de escolaridad o coste del alquiler de su vivienda. A quienes se les oponen aquellos otros “jugadores interpretativos” (mujeres en puestos de mando intermedios o bien varones en puestos subordinados o con altibajos en la carrera profesional) que tienden a guiarse por índices aun no codificados institucionalmente, como la marca del coche o el programa de televisión favorito.

Así, mientras que, en un extremo, el “jugador hiper-legalista” que gasta su dinero en preguntas seguras u oficiales (ingresos, título escolar) sin decidirse a aplicar su conocimiento privado de la estructura social para economizar simultáneamente información y dinero, suele ser superado en general por aquellos jugadores cuyo estilo les invita a aventurarse por los laberintos inductivos de la información de carácter privado; en el otro extremo, el ‘jugador hiper-intuitivo’, que extrapola salvajemente la profesión del desconocido a partir de un indicio muy débil como la respuesta a una pregunta sobre su revista favorita, puede ser acusado por sus rivales de “ser un paranoico”.³ En estos últimos casos, finalmente, lo que llamó la

³ “Cuando Claude recibió, en respuesta a su pregunta por los tres mejores amigos [de la persona misteriosa], “primera vendedora”, comentó: “Debe ser alguien que ha promocionado socialmente, porque si no sólo habría puesto ‘vendedora’”. Construía de este modo una pieza de información que previamente había escapado a la atención de los demás... Claude “interpretó” la respuesta. Otorgando una intencionalidad objetiva, y por tanto un significado, a una palabra, la presencia de una palabra, que “no debería” haber estado ahí. Lo cual le expuso a la acusación de “sobre-interpretación”: “esa palabra está ahí por accidente”, “el hecho de que esté ahí no tiene ninguna importancia”, etc.” (BOLTANSKI y THÉVENOT, 1983: 661).

principalmente la atención de Boltanski y Thévenot fueron los elaborados argumentos sociológicos esgrimidos por los jugadores para justificar sus arriesgadas jugadas: “En estos días la marca del coche ya no te dice nada”, “Las vacaciones invernales no significan nada hoy en día. Todo el mundo las tiene –lo que hace falta saber es cómo y donde”, “Cualquiera puede salir a navegar, pero ¿es en un yate pequeño o en uno grande, en un lago o en el mar”, etc. (Id., 664). El trabajo de elaboración teórica y metodológica que debían llevar a cabo por estos jugadores para tratar de responder a las críticas recibidas era así directamente proporcional al grado de aventuramiento o “debilidad oficial” de sus jugadas interpretativas y, por tanto, al grado de “solidez” (estadística o administrativa) de los argumentos críticos que los jugadores legalistas podrían esgrimir para desacreditar su estilo de juego.⁴

3. El juicio moral en una sociedad pluralista

La teoría sociológica contemporánea ofrece diferentes herramientas conceptuales y métodos de investigación para atacar el tipo de dilemas políticos y morales que presenta la “simetrización” del conocimiento experto y el conocimiento lego, o de sentido común. Una de las líneas de ataques más fructíferas, la abierta por en Estados Unidos por la etnometodología a finales de la década de los 50, ha sido reencontrada y reespecificada en formas novedosas en el continente europeo, y muy especialmente en Francia (esto es, en París) a lo largo de las dos últimas décadas. Uno de los desarrollos más interesantes en este sentido es, a mi juicio, el modelo de los órdenes de legitimidad moral (*ordres de grandeur*) elaborado por los sociólogos franceses Luc Boltanski y Laurent Thévenot y cuya presentación sistemática puede encontrarse en su libro *De la justification. Les économies de la grandeur* (Boltanski y Thévenot, 1991).

La sociología pragmática del juicio moral de Boltanski y Thévenot trata de cómo los actores sociales vienen a acomodar las posibilidades pragmáticas abiertas para la negociación retórica y puesta a prueba material de la realidad de los estados del mundo observables en un entorno local a los patrones de orden general que ofrecen un o unos pocos modelos de juicio moral de nivel superior. Los autores caracterizan así seis ciudades de la virtud moral diferentes con sus respectivos mundos comunes, espacios ideales de civilidad poblados por entidades “puras”. Estos regímenes

⁴ “La fase final del juego es análoga a un proceso de estabilización en el que lo que tiene que ser consolidado no es tanto la imagen misma (de la persona misteriosa) como la propia creencia del jugador en la validez de la imagen que está a punto de comunicar al *croupier*. Para confirmar su validez, pero también para reducir la ansiedad que implica el arriesgar una interpretación personal que puede exponerle al ridículo, el jugador está tentado de cubrirse las espaldas con una explicación razonada, basada en las variables oficiales (cualificaciones laborales, ingresos, etc.). La estructura de precios del juego penaliza estas dudas y permite evaluar el precio que damos a las explicaciones legitimadas por las leyes jurídicas o incluso por las leyes estadísticas por oposición a las interpretaciones intuitivas basadas en pistas.” (BOLTANSKI y THÉVENOT, 1983: 666).

axiomáticos del valor moral o “metafísicas políticas” que ellos denominan modelos de la “ciudad armoniosa” (*cit e harmonieuse*) y el “mundo legítimo” (*monde de grandeur*) son teorías consistentes de cómo lo hombres pueden alcanzar y preservar un determinado “bien común”. Son teorías, pues, de la justicia universal, como las construidas por los autores de la tradición clásica en el campo de la filosofía política y moral, que codifican, explicit ndolas y clarific ndolas, las competencias de sentido común que demuestran poseer las personas normales cuando formulan juicios perceptivos y juicios de valor en infinidad de situaciones mundanas que se presentan en la vida cotidiana. El modelo teórico de las economías de la legitimidad moral (* conomies de la grandeur*) intenta, en suma, servir de cuadro analítico para examinar la lógica situada del paso de lo particular a lo general, esto es, la tensión entre el juicio y la acción en un contexto práctico de la que se hace cargo, en la tradición de pensamiento de la filosofía política, la noción clásica de prudencia (Boltanski y Thévenot, 1991: 187).

3.1. Pragmática del juicio

La facultad de juzgar particulares (descubierta por Kant), la capacidad de decir “esto está mal”, “esto es bello”, etc. no coincide con la facultad de pensar. El pensar opera con lo invisible, con representaciones de cosas que están ausentes; el juzgar siempre se ocupa de particulares y cosas que no est n a mano. Pero ambos están interrelacionados de forma semejante a como se interconectan conciencia moral y conciencia del mundo. Si el pensar, el dos en uno del diálogo silencioso, actualiza la diferencia dentro de nuestra identidad, dada en la conciencia, y por ello produce la conciencia como su subproducto, entonces el juzgar, el subproducto del efecto liberador del pensar, realiza el pensamiento, lo hace manifiesto en el mundo de las apariencias, donde nunca estoy solo y siempre demasiado ocupado para pensar. (Arendt, 1995a [1971]: 137).

En un primer momento, pues, el programa de sociología pragmática (Dodier, 1993; B natou il, 1999) que inauguraron los ingeniosos experimentos de identificación social diseñados por Boltanski y Thévenot, hizo suya la crítica etnometodológica de la arrogancia con la que la sociología trata las explicaciones que dan la personas de sus propios actos ling sticos y materiales (Garf nkel, 1984 [1967]; Lynch, 1993). El estatuto especial del trabajo inductivo a través del cual el sociólogo pretende reconstruir las estructuras sociales subyacentes a la acción de los sujetos sociales -trabajo que constituye el principal recurso científico de la sociología crítica- es puesto en cuestión por unos análisis que identifican los discursos sociológicos sobre las estructuras sociales entre la nutrida batería de recursos argumentativos que emplean los propios actores sociales para criticar las acciones de los demás o justificar las propias.

Este modelo simple de consistencia intelectual entre el sujeto y el sujeto de la investigación social puede ser ampliado añadiendo al eje de la simetría cognitiva (o eje de la totalización) un segundo eje de simetría valorativa (o eje de la alteridad), atrapando las operaciones investigadoras fundamentales que llevan a cabo los sujetos y los científicos sociales dentro un modelo de conducta más realista (Dodier y Baszanger, 1997). En el nivel de su génesis práctica, el trabajo del sociólogo se distinguiría por el tipo de totalizaciones o resúmenes que lleva a cabo con el fin organizar, comprimiéndolos y refinándolos, sus datos. Así, resúmenes teóricos, estadísticos, monográficos, narrativos, “jurisprudenciales” –más todas las combinaciones posibles. Mientras que al nivel de las consecuencias sociales de su labor, la sociología ofrece a su público diferentes tipos de alteridades, esto es, las diferencias y similitudes básicas que cada lector identifica en los retratos humanos que el investigador les presenta –esto es, las “diferentes maneras de mostrar al lector aquello por lo que las personas presentes y actuantes en los textos le son a la vez similares y ajenas.” (Dodier y Baszanger, 1997: 52). Los personajes del sociólogo pueden así presentar al lector una alteridad de tipo cultural cuando han sido inscritos por el análisis dentro de una comunidad diferente de la nuestra (“los Masai”), una alteridad de tipo biográfico en razón de su adscripción histórica a una trayectoria vital diferentes (“la Generación del 98”), una alteridad de tipo estatutario cuando se les supone inmersos en una macroestructura organizativa en cuyo interior ocupan una posición social diferente de la nuestra (la “clase dominante”); o bien, finalmente, una alteridad de carácter situacional, cuando, en el marco de la microestructura organizativa de una situación social, son asignados por el sociólogo a una posición interaccional diferente a la que ocupa el lector (“el personaje de la novela”).

Con el propósito de fundamentar teóricamente este último tipo de alteridad etnográfica, en el segundo momento teórico de la elaboración del programa de la sociología pragmática francesa, Luc Boltanski (1984: 7 y 1990: 266ss.) introdujo en el repertorio conceptual de la sociología pragmática los términos “actante” y sistema “actancial”, vernáculos de la teoría semiótica estructural desarrollada por Algirdas Julien Greimas en la década de los 60, a través de una relectura de las investigaciones de los sociólogos de la ciencia Michel Callon y Bruno Latour sobre la incertidumbre fundamental que afronta el trabajo analítico de cualificación de las identidad (¿cosa? ¿persona? ¿ente metafísico?), la posición (¿acusador? ¿acusado?) y las capacidades de acción (¿con ventaja? ¿tocado? ¿hundido?) de los actores que participan en una controversia científica (Callon y Latour, 1981: n. 8). La estrategia investigadora de la sociología pragmática de definir las competencias de los sujetos a partir de sus actos y no a la inversa, se articula así en la forma de un modelo de persona como ocupante potencial de todas y cada una de las distintas posiciones actanciales (sujeto/objeto/mediador/innovación; víctima/perseguidor/defensor/juez, etc.) que configuran una situación de interacción.

“Al igual que hace la pragmática lingüística, aunque en un contexto diferente, la sociología pragmática pone en cuestión la prioridad de la competencia [*compétence*] sobre el desempeño [*performance*] y define a los actores (las competencias) a partir de sus acciones (desempeños) y no a la inversa. Es necesario señalar aquí la influencia de la semiótica de Greimas a quien la sociología pragmática toma en préstamo la noción de *actante* al objeto de designar al sujeto de la acción sin determinar *a priori* su estatuto y su identidad. La sociología pragmática no habla por tanto ni de personas psicológicas o sociales ni de personas morales o jurídicas sino de personas *actanciales*. Las personas no son en este sentido personas al margen de sus acciones.” (Bénatouil, 1999: 297).

El marco semiótico de la teoría actancial⁵ permite asimismo generalizar el método de investigación empleado de forma característica por las tradiciones interpretativas de las ciencias sociales y jurídicas (vid. cap. 5) para identificar las capacidades relevantes que debe poseer una persona para desempeñarse correctamente en una situación dada. El marco abstracto de la tabla de permutaciones posibles entre las posiciones actanciales definidas en una situación dada permite atrapar analíticamente el tipo particular de acciones, las operaciones de cualificación, que llevan a cabo los propios agentes para modular la identidad propia y la de los demás. Sobre la base de este trabajo previo de caracterización empírica de un conjunto de operaciones de cualificación básicas (nombrar, comparar, clasificar, medir, exceptuar, etc.)⁶ de las que se sirven los agentes inmersos en situaciones de la vida cotidiana “poner a prueba” su realidad social mediante la atribución de propiedades generales a los actos concretos, Boltanski y Thévenot elaborarán posteriormente, en su libro *De la justificación*, un modelo teórico general de los procedimientos de generalización por medio de las cuales atributos actanciales y restricciones situacionales de carácter local pueden llegar a vincularse de forma duradera en la forma principios generales de actuación pública.

En realidad, como ha observado Nicholas Dodier (1991) en una temprana evaluación de este programa de investigaciones, en el proyecto de Boltanski y Thévenot de llevar a cabo investigación sociológica empírica sobre las reglas

⁵ Los indudables problemas teóricos que plantea esta escalada de abstracción metodológica hacia la semiótica estructural como medio para atrapar la naturaleza “en proceso” que es característica del lenguaje común y la acción situada, han sido puestos de manifiesto entre otros por LYNCH (1993: 109-110).

⁶ “Definir a una persona por medio de sus identidades o de sus competencias (su carácter, su nacionalidad, su profesión, uno de sus actos), es justamente llevar a cabo un tipo de acción particularmente importante: la cualificación. Si las personas cambian efectivamente de estado de forma frecuente en los análisis pragmáticos, esto no se debe a que sean libres de cambiar de personalidad o de rol social al azar de las situaciones. Es más bien el resultado de acciones de cualificación operadas por otras personas o por ellas mismas en sus discursos (insultos, denuncias, narraciones, etc.) donde ponen siempre en juego una antropología, una cierta definición de competencias pertinentes de las personas en relación con la situación”. (BÉNATOUIL, 1999: 297-98).

pragmáticas de formulación de juicios morales en sociedades funcionalmente complejas y políticamente plurales como las nuestras, confluyen de tres cuerpos diferenciados de literatura investigadora en el campo de las humanidades y las ciencias sociales. Como ya hemos visto, este proyecto intelectual se plantea en primer lugar como una radicalización del espíritu pragmático -aunque no de la letra relativista- del sabotaje emprendido por los etnometodólogos a la norma de asimetría epistemológica sobre la que se funda la sociología crítica del conocimiento social. Desde este punto de vista la principal innovación teórica introducida por estos autores para desembarazarse del subjetivismo radical en el que tiende a empantanarse la etnometodología y para salvar el abismo entre micro y macrosociología abierto por la irrupción de toda suerte de “fenomenologías sociales” es el papel central concedido a los objetos materiales –por oposición a los objetos lingüísticos– como el soporte convencional relevante que sostiene la posibilidad de una acción social descriptible, explicable y justificable.⁷ En este sentido Boltanski y Thévenot han proseguido, profundizado y finalmente criticado de forma aguda (véase *infra*) la prometedora línea teórica abierta a principios de los 80 por sus colegas los sociólogos de la ciencia de la Escuela de Minas de París, Bruno Latour y Michel Callon, pioneros en la exploración de las virtudes heurísticas de “mezclar” actores humanos y no-humanos en el relato de la conducta innovadora de científicos y tecnólogos (Callon y Latour, 1981; Callon, 1991; Latour, 1992).

Pero el aspecto distintivo principal de su obra es la exploración original de un tercer estrato de estabilización cultural de carácter práctico, el sentido común de la justicia, a través de una original indagación sobre la estructura axiomática de las metafísicas políticas de la justicia universal (lo que los autores denominan el modelo de la “ciudad armoniosa”), que toma su inspiración de la tradición clásica de los “artes de prudencia” y “civilidad” (de San Agustín a Baltasar Gracián), sistematizados y codificados posteriormente como “modelos del bien común” por los filósofos políticos y morales del XVII y el XVIII (Hobbes, Hume, Smith, Rousseau y otros); pero también de aquellos autores contemporáneos que han tratado de devolverle al sentido del civismo y la justicia un papel central en la historia política del mundo contemporáneo, como Paul Ricoeur, Michael Walzer, Albert Hirschman, Jürgen Habermas y muy especialmente Hannah Arendt.⁸

⁷ “Para que las personas puedan ponerse de acuerdo en la práctica y no sólo en principio, debe tener lugar concretamente en la realidad una puesta a prueba [de sus argumentos], y toda puesta a prueba deberá hacerse en el marco de una forma de prueba: es lo que llamaremos una prueba de realidad. Para dar cuenta de como se lleva cabo esta prueba de realidad, debemos introducir en la situación estudiada no sólo las personas, como sucede en los textos de filosofía política, sino también los objetos, las cosas (materiales o inmateriales). Consideramos que la prueba de realidad resulta de la capacidad de las personas para enfrentarse a los objetos y ponerlos en valor”. (BOLTANSKI, 1990: 89).

⁸ En la medida en que la filosofía moral de la historia de última esta autora se apoya en una profunda reflexión sobre el papel del sustento material (naturaleza) y el mundo objetual (artificios tecnológicos) en

Toda operación cognitiva de extrapolación inductiva, toda argumentación con visos de validez general construida a partir de un conjunto limitado de datos factuales es a la vez, indisociablemente, un acto de “puesta en valor” de la realidad así definida. Empleado en el contexto de una disputa o una controversia, el método simple de puesta a prueba de la realidad que implicaban las operaciones de cualificación sólo puede servir para lograr un acuerdo duradero y generalizable que permita coordinar la acción colectiva entre las partes bajo la forma (moral) generalizada de un juicio.⁹ En los modelos de economía de la justificación, los actores están efectivamente dotados no sólo de capacidades lógicas de procesamiento de información (como en los modelos económicos neoclásicos) o de capacidades procedimentales de razonamiento abstracto (con en los modelos de la psicología cognitiva) sino que Boltanski y Thévenot les equipan también de las mismas competencias de juicio que demuestran los profesionales de la metafísica y la filosofía política y moral (Dodier, 1991: 431). Para ponerse de acuerdo en cuestiones de justicia cotidiana los actores deben poder poseer entonces la capacidad propiamente metafísica de discernir en una situación dada cuáles son los seres que pertenecen a uno de los “mundos comunes” asociados con un modelo de justicia moral o “ciudad armoniosa” (véase más abajo).

la vida política de los humanos, la obra de Arendt constituye una de las referencias centrales del trabajo teórico de Boltanski y Thévenot. Su influencia se hace particularmente patente en el empleo que hace el modelo de las economías de la legitimidad moral de la noción de “mundo común” (*monde commun*). “[L]as cosas del mundo tienen la función de estabilizar la vida humana, y su objetividad descansa en el hecho de que los hombres, a pesar de su siempre cambiante naturaleza, recuperan su identidad gracias a sus relaciones con la persistente mismidad de los objetos... Sólo porque hemos erigido un mundo de objetos a partir de lo que la naturaleza nos da y hemos construido este ambiente artificial dentro de la naturaleza, que así nos protege de ella, podemos considerar a la naturaleza como algo “objetivo” Sin un mundo entre los hombres y la naturaleza, habría movimiento eterno, pero no objetividad.” (ARENDR, 1995b [1957]: 97).

⁹ “El concepto de “juicio” no se reserva aquí a un enunciado producido en el seno de una instancia judicial, o a la afirmación de un valor. Nuestra concepción del juicio se extiende a la diversas maneras como los actores ordinarios ponderan las acciones de los demás a partir de pistas (incluso de carácter local) que sirven de referencia para el ajuste mutuo de las conductas. Entre los juicios ordinarios, privilegiaremos... aquellos que se inscriben en formas de validez general y que, desde un punto de vista, se asemejan a los juicios legales, especialmente en la medida en que implican una exigencia de justificación. No obstante nosotros abordaremos la operación de juicio “desde abajo”, intentando inscribirla dentro del movimiento mismo de la acción... Lejos de reducir el juicio a un razonamiento en base a proposiciones, o a la comprensión de un sentido, trataremos de aprehenderlo como parte de la dinámica misma de la acción. Y sin embargo los juicios se separan de las acciones sobre las que versan. Crean una ruptura en un curso de acción anterior que se halla suspendida, o por lo menos deformada... La ruptura con la acción es tanto menor, y el trabajo de juicio tanto menos laborioso, cuanto que en la situación se hallan depositadas marcas perceptivas que facilitan el vínculo entre el juicio que generaliza y la acción o la situación circunstancial sobre las que versa. Un enfoque realista del juicio deberá pues estar atento a las operaciones previas de formateo de los objetos que permiten llevar a cabo aproximaciones, equivalencias y generalizaciones a partir de la situación singular”. THÉVENOT 1992: 1282-83).

“Del mismo modo que las construcciones de los filósofos políticos, cuando son completas, especifican el tipo de entendimiento humano o de psicología personal coherente con su definición del bien común, la elaboración de nuestro modelo de la ciudad armoniosa va de la mano de una hipótesis sobre el instrumental mental del que deben disponer las personas para poder entenderse sobre el contenido de una ciudad determinada. Esta competencia debe poder estar presente en todos los sujetos, lo cual excluye la eventualidad de poseer un conocimiento del modelo a partir de la frecuentación de una determinada obra de filosofía política... Para que pueda mantenerse el orden de la ciudad, esta competencia, que llamaremos sentido moral, implica la integración de dos de las restricciones fundamentales que sostienen el modelo de la ciudad: un requisito de humanidad común que supone el reconocimiento y la identidad común de los seres humanos con los que debe llevarse a cabo el acuerdo; y un requisito de ordenamiento que supone el carácter general del principio de valor legítimo empleado para hacer la escala de las comparaciones posibles entre estados locales del mundo. En suma, para ponerse de acuerdo sobre aquello que es justo, las personas humanas deben poder conocer un bien común y comportarse, por tanto, como metafísicos.” (Boltanski y Thévenot, 1991: 182-183).

Es en este nivel específico de análisis donde el sociólogo pragmático se aplica a describir cómo los actores sociales vienen a acomodar las posibilidades pragmáticas abiertas para la negociación retórica y puesta a prueba material de la realidad de los estados del mundo observables en un entorno local a los patrones de orden general que ofrecen un o unos pocos modelos de juicio moral de nivel superior. Los autores caracterizan así seis ciudades de la virtud moral diferentes con sus respectivos mundos comunes, espacios ideales de civilidad poblados por entidades “puras”. Estos regímenes axiomáticos del valor moral o “metafísicas políticas” que ellos denominan modelos de la “ciudad armoniosa” (*cité harmonieuse*) y el “mundo legítimo” (*monde de grandeur*) son teorías consistentes de cómo lo hombres pueden alcanzar y preservar un determinado “bien común”. Son teorías, pues, de la justicia universal, como las construidas por los autores de la tradición clásica en el campo de la filosofía política y moral, que codifican, explicitándolas y clarificándolas, las competencias de sentido común que demuestran poseer las personas normales cuando formulan juicios perceptivos y juicios de valor en infinidad de situaciones mundanas que se presentan en la vida cotidiana.

3.2. Ciudades armoniosas y mundos comunes

La principal distinción política entre sentido común y lógica radica en que el primero presupone un mundo común en que todos tenemos nuestro lugar y en el que podemos vivir juntos porque poseemos un sentido capaz de controlar y ajustar nuestros propios datos sensibles a los de los otros, mientras que la lógica, y toda la autoevidencia de la que el razonamiento lógico procede, puede pretender una seguridad independiente del mundo y de la existencia de los demás. (Arendt, 1995 [1953]: 40).

El primer momento del análisis consiste en la elaboración de un modelo abstracto de los órdenes de legitimidad (*ordres de grandeur*) o como lo denominan también los autores, una gramática del bien común (Boltanski, 1990: cap. 5; Boltanski y Thévenot, 1991: 96-102): un sistema sintáctico común de axiomas, operaciones y categorías jerarquizadas (principio de humanidad común, principio de semejanza, principio de dignidad común, valor legítimo específico o *grandeur*, escala de ordenamiento, figuras límite de 'grandeza' y 'pequeñez', fórmula de inversión o sacrificio, etc.) capaz de albergar contenidos semánticos diversos. El vocabulario moral específico de cada orden de legitimidad o ciudad armoniosa individual se obtiene posteriormente, en un segundo momento modelizador, entresacando de la lectura de textos clásicos de filosofía política y moral el conjunto de categorías y axiomas substantivos que definen lo que hace a las personas formalmente iguales y substantivamente diferentes entre sí en cada una de sus ciudades armoniosas (eg. la aspiración potencial al genio y la riqueza), lo que tiene valor y lo que no tiene valor dentro de sus fronteras, y lo que es preciso sacrificar y lo que es justo esperar cuando se habita en su interior (id., 107-157).

Derivan así, en primer lugar, el modelo Ciudad Mercantil, que tiene en la riqueza el valor legítimo universalmente compartido, a partir de un análisis de contenido de los dos textos fundamentales de la filosofía política de Adam Smith: *La riqueza de las naciones* y *La teoría de los sentimientos morales* (id., 60-82). Su segundo modelo de bien común, para cuya construcción se basan en una exégesis textual de La Ciudad de Dios de San Agustín (id., 107-116) lo bautizan como Ciudad Inspirada, imperio exclusivo de la creatividad como valor moral legítimo. Sigue luego la exposición del modelo que denominan Ciudad Doméstica, donde reina el valor de la jerarquía, y que se construye a partir del texto de Jean-Baptiste Bossuet, *La Politique tirée des propres paroles de l'écriture sainte* (1709) (id., 116-126). El cuarto modelo de civilidad histórica es la Ciudad de la Opinión, basado en un análisis del contenido del capítulo del *Leviatán* que Hobbes dedica a la definición del honor (id., 126-137) tiene en la reputación su bien común característico. Para caracterizar el quinto modelo, que llaman la Ciudad Cívica, analizan *Del Contrato Social y Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad* (id., 137-150), las dos obras donde Jean-Jacques Rousseau expuso con mayor claridad sus ideas sobre cómo basar el buen gobierno de una nación en el principio universal de la igualdad de las personas ante la ley. El sexto y último modelo de ciudad que distinguen, la Ciudad Industrial, reino político basado en la aspiración universal a la eficiencia, eligen El sistema industrial de Saint-Simon (id., 150-157).

En la tercera fase del proceso modelizador se trata de especificar el segundo nivel lógico de su modelo: los seis mundos puros de competencias prácticas de sentido común y objetos físicos observables que pueden ser puestos a prueba respectivamente mediante el recurso a cada una de las seis gramáticas o lenguajes de descripción moral modelizados en primera instancia (id., cap. V). Cada ciudad armoniosa,

construcción teórica abstracta, se caracteriza así por la referencia empírica a un “mundo común”, una población exclusiva de entidades y dispositivos convencionales de naturaleza semiótica, física y metafísica. Para poblar de seres físicos y metafísicos cada uno de sus seis “mundos comunes” Boltanski y Thévenot confeccionan seis largas listas de tópicos retóricos que extraen nuevamente no del vuelo libre de su propio imaginario social sino de un detallado trabajo de análisis de contenido textual. Si para la modelización de las ciudades armoniosas se habían servido de una muestra estratégica de textos teóricos clásicos sobre el arte del buen gobierno, para la caracterización semántica de los mundos de valor analizan el vocabulario de una muestra paralela de seis manuales o guías prácticas del arte del buen vivir (id., cap. VI). Las seis obras, escritas desde la óptica de cada una de las seis ciudades, tienen como referente común el mundo (predominantemente industrial y subordinadamente mercantil) de la gestión empresarial.

Del análisis de la guía del mundo inspirado, un texto de consultoría en dirección creativa, se desprende que en dicho mundo viven como peces en el agua antes como el espíritu, el sueño o el inconsciente. En este mundo las personas buscan lo insólito, lo maravilloso, lo inefable, lo espontáneo y lo emocional a través de una potencia vital común, la “inquietud creadora”. Espíritus, sombras, monstruos, mujeres, niños, locos o artistas son los grandes de la ciudad: aquellos que, por arriesgarse a poner en cuestión el mundo establecido acaban descubriendo, imaginando, soñando o explotando, alcanzando en suma el estado superior de genio creador o espíritu independiente. La guía del mundo doméstico es un catecismo de urbanidad y buenas maneras que permite transmitir el arte de las relaciones personales armoniosas a aquellos autodidactas que han sido promocionados por sus empresas.” (Id., 193). En el mundo doméstico habitan seres como las buenas maneras, el rango, el título, la presentación, los regalos, las flores. Las personas apelan a la filiación generacional, la obediencia, la deferencia, la tradición o la herencia. Valoran la buena educación, la distinción, la discreción, la reserva o la confianza. En el buen sentido y la naturaleza del carácter se halla la potencia común de elevación social que puede llegar a permitir, a través de sacrificios específicos como el rechazo del egoísmo o la servicialidad, alcanzar los estados de grandeza moral propios de esta ciudad: el Padre, el Rey, el Jefe, el Patrón.

El mundo de la opinión se caracteriza a través del vocabulario de un manual de *marketing* de relaciones públicas o *marketing* relacional. Este mundo incluye entres sus seres más puros la marca, el mensaje, la campaña, el sondeo o la prensa. A través de la renuncia al secreto, la especulación o la imitación las personas, movidas aquí por el amor propio o la consideración de sí, alcanzan la grandeza moral en la forma reputación, reconocimiento, visibilidad, éxito, convirtiéndose en “estrellas”, líderes de opinión, portavoces, jefes de prensa, etc. Al mundo cívico, para el que los autores escogen como guía práctica prototípica un manual

que pretende orientar a los delegados sindicales en la buena gestión de la sección sindical de una empresa, se adscriben seres como los partidos, las federaciones, las secciones, los comités, los derechos, los decretos, los tribunales, las formalidades de procedimiento, los protocolos de acuerdo o los convenios colectivos. Es a través del sacrificio específico de la solidaridad, la participación o la lucha, como la dignidad común que posee toda persona en forma de derechos cívicos o aspiraciones políticas, permite a unos pocos alcanzar la grandeza cívica en alguna de sus formas: compromisario, delegado, representante, constituyente, electo.

La guía del mundo mercantil es el libro titulado *Todo lo que no le enseñarán en Harvard*, un conocido *best-seller* del género “como tener éxito en sus negocios”. Ser grande en el mundo mercantil es ser millonario, ganador, vendedor, cumplir con las exigencias de la competencia y la rivalidad a través de la adquisición de un temperamento libre, abierto y emocionalmente distanciado, que permite “sacar partido” del deseo egoísta común a todas las personas, en un territorio poblado por la estrategia, el dinero, el beneficio, los resultados y los precios. Finalmente, para moverse a través del mundo industrial los autores escogen un manual de gestión de la producción que proporciona recetas a los directores de producción de las empresas para tratar de hacer compatible el imperativo de productividad con la mejora de las condiciones de trabajo. Este mundo, donde mora en exclusiva el valor moral de la eficacia y el rendimiento futuro, está poblado de experimentos, máquinas, reglajes, estándares, especialistas, profesionales, operadores, etc. Para triunfar en este mundo es necesario invertir -educarse, formarse, capitalizarse- al objeto de poder desarrollar el potencial de energía productiva que todos poseemos en formas de vida legítimas: funcionales, operativas, fiables.

3.3. Legitimidad y pluralidad: la puesta a prueba, el compromiso y la crítica

Finalmente Boltanski y Thévenot dotan a los actores de sus modelos de la capacidad crítica de poner a prueba a su entorno, de suerte que cada uno de los mundos comunes puede definirse también a partir del tipo de pruebas y formas de puesta a prueba que en ellos son considerados legítimos (Boltanski y Thévenot, 1991: 168-174). Con el concepto fundamental de prueba de legitimidad se hace referencia a un tipo específico de procedimiento público de carácter formal o estandarizado como una prueba deportiva, un examen escolar, un test experimental, un concurso literario o un convenio colectivo. La prueba de legitimidad debe estar estrictamente calibrada y controlada no solamente para admitir a trámite y medir exclusivamente aquellas fuerzas de las que se ha acordado que poseen la misma naturaleza, sino también y sobre todo para permitir la detección de fallos de procedimiento —la intromisión de fuerzas proscritas o inesperadas— por parte de observadores externos. Y, eventualmente, para admitir como legítima la formulación de cierto tipo también restricto y controlado de críticas y propuestas de

modificación del procedimiento establecido de puesta a prueba. En este sentido, la prueba de legitimidad permite convertir un *quantum* de fuerza local en un valor de legitimidad general.¹⁰

La defensa del pluralismo moral como núcleo central de la vida política en sociedades estructuralmente diferenciadas y tecnológicamente equipadas como las nuestras es el segundo axioma fundamental sobre el que se soporta todo el edificio teórico levantado por Boltanski y Thévenot en *De la justification*. En el nivel pragmático de su análisis, el retoño del pluralismo moral es el compromiso moral: en un mundo donde coexisten diferentes órdenes simbólicos altamente diferenciados entre sí, la empresa de coordinación de la acción humana a escala social precisa en primer lugar de la composición exitosa entre argumentos morales heterogéneos. El compromiso es la operación moral fundamental que llevan a cabo los actores en un universo plural de legitimidades morales inconmensurables pero no mutuamente excluyentes entre sí. Para alcanzar un compromiso los actores han de servirse de una combinación o montaje¹¹ particular de entes diversos pertenecientes a mundos de valor diferentes sobre la que apoyar su argumentación para constituirla bien como un juicio de carácter público (una crítica, una denuncia, una justificación), bien como un acuerdo intersubjetivo que permite coordinar de forma práctica sus comportamientos en la forma de acciones colectivas (Boltanski, 1993: 238). Estos compromisos morales poseen a su vez una función explícita como categorías descriptivas de una variedad de estados empíricos del mundo y sólo pueden sostenerse duraderamente entre sí en la forma de objetos cognitivos: reglas técnicas, estándares, normas de calidad, formatos objetivos de información, etc. (Thévenot, 1997).

¹⁰ El concepto de prueba de legitimidad (*épreuve de grandeur*) puede entenderse como el opuesto de la prueba de fuerza (*épreuve de force*), concepto inspirado en buena medida en la interpretación llevada a cabo por el filósofo Gilles Deleuze de los argumentos críticos esgrimidos por autores clásicos como Spinoza y Nietzsche contra la “metafísica en dos niveles” implicada en toda acción de justificación moral, y de reciente éxito en el campo de la sociología de la ciencia. El concepto de prueba de fuerza traduciría la idea nietzscheana de un “encontronazo” múltiple e irrestricto de “fuerzas” heterogéneas, completamente libres de cualesquiera restricciones institucionales o categoriales, ordenamiento o clasificación por tipo o naturaleza (DELEUZE, 1986 [1967]: 84-86). Se retrata así un tipo de procedimiento de puesta a prueba en el que, a pesar de todas las precauciones y las formalidades de procedimiento que los actores pudieran arbitrar, siempre se acaban “colando de matute” elementos proscritos o imprevistos. La acción de éstos elementos explica en última instancia, como les gusta decir a los sociólogos constructivistas de la ciencia, que “la fuerza hace a la razón” (*might makes right*), esto es, un valor de legitimidad generalmente puede ser siempre convertido -traducido, deconstruido- en la forma de una cantidad específica de fuerza bruta transformadora.

¹¹ “La pragmática sociológica toma aquí la forma de una pragmática combinatoria interesada por las combinaciones entre regímenes... (Es esta) una sociología de los montajes en tanto que sus análisis tratan de la invención de nuevas formas de agencia que nacen de la confrontación entre regímenes.” (DODIER, 1993: 77).

La práctica cotidiana de llegar a compromisos estables entre partes que se hallan inicialmente en desacuerdo sobre aspectos fundamentales de la definición de una situación dada —¿qué es esto? ¿de quién es esto? ¿a quién le compete esto? ¿para qué sirve esto?— implica la manufactura, costosa, de complejos arreglos combinatorios de naturaleza comunicacional y material a partir de un material finito pero amplio y diverso de repertorios lingüísticos y herramientas especializadas que, considerados cada uno de forma individual, sirven unilateralmente de soporte a un valor colectivo dado (la eficiencia industrial, la inspiración artística, la reputación pública). El ensamblaje (*montage*) final de una combinación probadamente resistente de este tipo arreglos mixtos logra mantenerse como un acuerdo de compromiso, un largo encadenamiento, estable y equilibrado, de lo que previamente se concebían como un conjunto de “actantes” humanos, físicos y metafísicos mutuamente inconmensurables y faltas de ajuste entre sí.

Una importante consecuencia empírica de este enfoque pragmático y moralmente pluralista de la acción humana es que llama la atención sobre un hecho fundamental de nuestro mundo: en las situaciones sociales donde tienen lugar actualmente las controversias científicas, tecnológicas, económicas, legales y políticas, las competencias intelectuales y morales necesarias para formular un entendimiento crítico explícito (o incluso exitoso) del funcionamiento del “orden social establecido”, se hallan menos desigualmente distribuidas entre diferentes tipos de actores sociales —por ejemplo entre ciudadanos comunes y científicos sociales (Boltanski y Thévenot, 1983: 669-672; Boltanski, 1990: 377-38)— de lo que las corrientes centrales de la teoría sociológica están dispuestas (o bien preparadas) a admitir.

3.4. A la búsqueda de la séptima ciudad

Los trabajos teóricos fundadores de Boltanski (1990) y Boltanski y Thévenot (1991) han abierto de nuevo la puerta de la legitimidad sociológica al trabajo empírico de caracterización detallada del equipaje mundano de “habilidades metafísicas” (el “sentido común de la justicia”) implicado en las operaciones metonímicas (notablemente, los cálculos estadísticos) de clasificación de atributos y asociación causal de circunstancias que llevan a cabo cotidianamente todas las personas. Contribuyendo así a despojar (¿liberar?) al sociólogo de la pesada carga, un poco masoquistamente auto-impuesta, de tener que decidir el último tanto sobre la autoría real de las acciones como sobre la magnitud real de los riesgos. Contra la crítica sociológica del derecho entendido como herramienta de ‘violencia simbólica’, como “fuerza” de “legitimación” de un orden ilegítimo impuesto en contra de la voluntad general (Bourdieu, 2000), es posible presentar una concepción alternativa del derecho como sistema de transporte de la legitimidad, es decir, como herramientas de cristalización del sentido común de la justicia.

En trabajos posteriores, el modelo de la pragmática de la acción en régimen de justicia ha sido aplicado para rastrear las posibilidades de emergencia de nuevos modelos de ciudad armoniosa en el mundo contemporáneo.¹² Adscritos en mayor o menor medida a la matriz teórica original de la sociología pragmática del sentido común de la justicia expuesta en *De la justificación*, varios programas de investigación paralelos han tratado verificar la hipótesis de una Séptima Ciudad en curso de formación en el seno de las sociedades industriales avanzadas. Así, por ejemplo los trabajos de Lafaye y Thévenot (1993) y Latour (1995) han tratado de modelizar en clave de norma irreductible de justicia universal los esfuerzos doctrinales y políticos conjuntos del ecologismo, sin duda la propuesta transformadora de más amplio espectro de entre las promovidas por los llamados Nuevos movimientos sociales, y de su discurso metafísico específico, la ecología política, agente de un importante impulso renovador en la tradición de la filosofía moral.

Esta línea alternativa de indagación sobre los valores morales de un mundo profundamente casual podemos encontrarla plenamente desarrollada en la metafísica pragmatista elaborada a principios del siglo XX por el filósofo estadounidense Charles S. Peirce. Este autor construye la diversidad como el valor

¹² Si bien el carácter en exceso abstracto y genérico de los seis modelos de ciudades y mundos comunes de valor legítimo (*mondes de grandeur*) que se presentan en *De la justificación* no se presta en principio a demasiadas alegrías descriptivas (Dodier y Baszanger, 1997: 55), investigaciones sobre casos concretos de controversias públicas llevadas a cabo con posterioridad en el marco de esta propuesta teórica han contribuido de forma decisiva a especificar teórica y metodológicamente el modelo de las economías de la *grandeur*. La estrategia general de tratamiento simétrico de los requisitos formales de justificación y de crítica avanzada por Boltanski y Thévenot ha permitido tratar ya un abundante material empírico textual y de campo sobre la dinámica de intercambio de posiciones actanciales que tiene lugar en situaciones sociales “tensas”, donde lo que está en juego es la formulación, por parte de los propios actores sociales, de juicios legítimos sobre el grado de “realidad” y “moralidad” mínima que poseen aquellos cursos de acción social donde, paradójicamente, son mayormente las cosas y no las personas las que entran en contacto entre sí. Junto con los trabajos precursores de Michael Pollak sobre el mantenimiento de la identidad en situaciones límite (Pollak, 1993), cabe destacar también las monografías de Derouet (1993) sobre el tratamiento de los conflictos cotidianos en el seno de los establecimientos escolares como resultado de la composición entre diferentes modelos de competencias políticas; Chateauraynaud (1991) sobre las concepciones alternativas de la responsabilidad individual y el error sistémico que desvelan las acusaciones de ‘falta’ profesional; Bessy y Chateauraynaud (1995) sobre la economía política de las “pruebas de autenticación”; Dodier (1993 y 1995) sobre el virtuosismo técnico y moral que demuestra los médicos e inspectores de trabajo y los operarios industriales en la laboriosa tarea cotidiana de ajuste a un entorno económico, organizacional y tecnológico cambiante (Dodier, 1995); Eymard-Duvernay y Marchal (1997), sobre el trabajo administrativos de estandarización de cualificaciones laborales y los procedimientos de selección de personal de las empresas; Chiapello (1998) sobre los problemas de coordinación entre creadores y administradores en el seno de organizaciones culturales como orquestas sinfónicas, empresas editoriales o productoras audiovisuales; Lemieux (1999) sobre el trabajo periodístico de construcción de denuncias públicas y sus críticas; Chateauraynaud y Torny (1999) sobre la pragmática de la ‘alerta pública’ contra riesgos tecnológicos y epidemiológicos; y, por supuesto, Boltanski y Chiapello (1999) sobre los problemas de despliegue de la acción en régimen de justicia sobre un mundo de naturaleza conexionista.

(¿*grandeur*?) específico de un mundo en constante cambio (evolutivo) donde las regularidades se hallan domiandas por los “hábitos” entendido, al modo termodinámico, como fluctuaciones espontánea de las leyes (vitales) de un universo que sólo puede calificarse como “puramente aleatorio” (Peirce, 1958 [1892]: 173ss). Más específicamente, la dimensión normativa del principio anti-determinista de la diversidad aleatoria fue destilado por Peirce en su teoría del “amor evolutivo” (*evolutionary love*), forma a la vez cósmica y humana de amor cuya acción se rige por el principio de “abrazar aquello que se haya más opuesto a ella, como una forma degenerada de sí” (citado en Brent, 1997: 215). Inacabado como tantos otros de sus proyectos intelectuales, el ejercicio de metafísica política emprendido por Peirce con el propósito último de contribuir a renovar la teología cristiana (Brent, 1997: 214), pretendía desarrollar el sistema moral adecuada al propósito cognoscitivo -un universo que se conoce a sí mismo (Hacking, 1993: 101-303)- implícito en el concepto lamarckiano de evolución.

Por su parte, en su estudio sobre las disputas públicas en torno al concepto de falta profesional, Francis Chateauraynaud sugería ya la posible emergencia en las sociedades contemporáneas de una séptima figura argumentativa de la justicia universal, la de la incomunicación (Chateauraynaud, 1991: 237-38). El modelo general de competencias metafísicas de sentido común que codificaría las restricciones a las que ha de plegarse la acción moral en esta Ciudad Informacional ha sido desarrollado con posterioridad por Laurent Thévenot en una serie de trabajos sobre los regímenes pragmáticos de coordinación convencional que permiten implementar la acción social en entornos cognitivos crecientemente objetivados y distribuidos.

“De las ‘autopistas de la información’ a la sociedad de la información’, la noción de información conoce en nuestros días un uso tan extendido, que manifiesta tales capacidades de puesta en relación y puesta en valor de las actividades humanas y de sus equipamientos, que puede verse en obra la gestación de un nuevo valor moral (*grandeur*) y de una nueva “ciudad informacional”, del mismo modo que se puede identificar también un nuevo valor moral verde o ecológico en curso de elaboración. La noción de información se insinúa en la apreciación de las situaciones cotidianas más diversas y en la evaluación de las competencias de las personas. Argumentaciones cada vez de más amplio alcance se apoyan sobre los equipamientos propios de las técnicas de la información, desde la informática a los medios, para referirse a un bien común susceptible de beneficiar a todos. Se elabora así una nueva forma de justificación pública que reposa sobre la común dignidad de estar informado y sobre una prueba de comunicación.” (Thévenot, 1997: 233).

En sintonía con estos trabajos iniciales sobre las nuevas metáforas informacionales y cognitivistas que nutren nuestro sentido común de la justicia, Luc Boltanski y Eve Chiapello (1999) han ofrecido recientemente una examen prolijo y detallada de la hipótesis que sostiene que en la nueva terminología de lo reticular y sus variantes

accesorias -conectividad, distributividad- desarrollada durante los últimos 30 años el campo de las ciencias sociales teóricas y aplicadas se encontraría el verdadero motor de una posible innovación sistemática y duradera de nuestras reglas de moral cotidiana.

4. El proyecto de la Ciudad por proyectos

Sin lugar a dudas, el trabajo investigador de mayor impacto académico (y público) desarrollado en el marco del proyecto teórico del Grupo de Sociología Política y Moral de la EHESS, es la obra de Luc Boltanski y Eve Chiapello, *Le Nouvel Esprit du capitalisme*, improbable éxito de ventas en las librerías francesas tratándose de un libro de ¡más de 800 páginas! A través de un tratamiento analítico muy pormenorizado de un imponente corpus de materiales empíricos de naturaleza heterogénea (literatura para ejecutivos, investigaciones sociológicas, ensayos críticos, así como los más variopintos datos estadísticos sobre la evolución de las estructuras económicas y sociales), la prolija investigación de Boltanski y Chiapello reconstruye paso a paso el largo encadenamiento pragmático de operaciones metafísicas cotidianas de crítica, puesta a prueba legítima, categorización y desplazamiento forzado de los vínculos convencionalmente establecidos entre sujetos y objetos que ha arrojado como resultado provisional el surgimiento de una nueva lógica de acumulación capitalista basada en la movilidad continua de los trabajadores altamente cualificados a través de un itinerario ininterrumpido de nuevos proyectos de desarrollo empresarial.

Resumido en pocas líneas, el argumento macro de Boltanski y Chiapello pone en relación la lenta configuración histórica de las categorías convencionales de justicia que definen el orden cívico-industrial del Estado de Bienestar, así como la progresiva sustracción posterior del mundo mercantil a la prueba de las instituciones cívico-industriales (mediante la invención de una plétora de nuevos entes productivistas como las redes sociales, los equipos de proyectos o el desarrollo personal) con los vaivenes políticos, más o menos contingentes, que determinan, en cada momento histórico, el grado desigual de fortaleza o consistencia intelectual que alcanzan las dos tradiciones clásicas de denuncia intelectual del capitalismo: de una parte, la “crítica social”, que denuncia como ilegítima la distribución extremadamente desigualitaria de los recursos productivos que arroja a largo plazo la dinámica de acumulación mercantil irrestricta; de otra, la “crítica artista”, especializada en denunciar como ilegítimo el socavamiento de la dignidad humana (la ‘alienación’) de aquellos amarrados al banco de la producción capitalista.¹³

¹³ Esta obra puede también ser vista como un análisis oblicuo -o no tan oblicuo, cf. Boltanski y Chiapello (1999: 243-265)- de las consecuencias que, para la transformación a largo plazo de la sociedad francesa, tuvo el proceso de efervescencia revolucionaria que culminó con los famosos acontecimientos

4.1. Mundo conexionista, ciudad proyectual

La aportación principal del libro es la indagación sobre la posibilidad de un nuevo modelo de metafísica política a la que se da en llamar la Ciudad por Proyectos (*Cité par Project*), que clarificaría el nuevo sentido de la justicia emergente en los corazones de aquellos que llevan ya varias décadas inmersos en la vorágine de lo que en los medios de comunicación han bautizado como La nueva economía (Boltanski y Chiapello, 1999: capítulo II). No en vano, el nombre elegido por Boltanski y Chiapello para bautizar a esta séptima ciudad es una paráfrasis de la expresión “gestión por proyectos”¹⁴, el mantra incesante que ha venido siendo pregonado por un gran número de ‘gurús’ de la reingeniería de procesos y la gestión de la calidad total y aplicado por un gran número

de mayo del 68. Luc Boltanski ha contado cómo, tras la publicación de su obra *La distinción*, en 1979, su maestro Pierre Bourdieu le había propuesto, en su calidad de discípulo predilecto, comenzar a trabajar en la escritura conjunta de “un gran libro sobre mayo del 68” (Dosse, 1996: 56). Aunque el proyecto de libro nunca llegó a materializarse, todo indica que *Le Nouvelle Esprit du Capitalisme* tiene como uno de sus puntos de partida aquella primera aproximación sociológica crítica a las estructuras sociales subyacentes de la dinámica revolucionaria que Boltanski emprendió durante los últimos años de su etapa como investigador adscrito al Centro de Sociología Europea de la Escuela de Altos Estudios de París dirigido por Bourdieu. En este sentido puede sostenerse que si la publicación en 1990 de *L’amour et la justice comme compétences*, un estudio comparativo de las operaciones de denuncia pública llevadas a cabo por sociólogos y ciudadanos legos, supuso la “salida del bourdieusismo” de Luc Boltanski (Dosse, 1996: 56ss), *Le Nouvelle Esprit du Capitalisme*, supone en cierto modo un retorno de Boltanski a algunos de los temas macrosociológicos y los enfoques teóricos de su vieja agenda de colaboración con el marco teórico de Bourdieu. En particular, las partes primera y segunda de *Le Nouvelle Esprit* pueden ser leídas como una vuelta de tuerca y a la vez como una generalización del argumento de *Les cadres*, su impresionante investigación socio-histórica sobre la labor de “representación” y “puesta a prueba” estadística, sociológica y política de la “incertidumbre posicional” ((Boltanski, 1982: 33-36) de los cuadros directivos de empresa, que fue necesaria para hacer emerger a este grupo heterogéneo de individuos como “nueva clase social” en el seno de la sociedad francesa de mediados del siglo XX.

¹⁴ “Hemos decidido llamar “Ciudad por Proyectos” al nuevo aparato justificador que nos parece estar actualmente en formación... Esta expresión está calcada de una denominación frecuente en la literatura de gestión empresarial: la organización por proyectos. Con esta etiqueta suele evocarse una empresa cuya estructura está hecha de una multitud de proyectos que asocian entre sí a personas distintas entre las cuales algunas participan en varios proyectos a la vez. Dado que es consustancial a la naturaleza de este tipo de proyectos el poseer un comienzo y un fin, los proyectos se suceden y se reemplazan, recomponiendo, al albur de las prioridades y las necesidades, los grupos o equipos de trabajo. Por analogía, puede hablarse de una organización general de la sociedad por proyectos.” (Boltanski y Chiapello, 1999: 158). Como mostraron Faulkner y Anderson (1987), existe ya desde hace tiempo un tipo cuasi-ideal de mundo productivo articulado en la forma de una trama de redes sociales sobre el que se erige una forma general de organización social articulada en base a operaciones de conmutación entre proyectos productivos a corto plazo: se la industria cinematográfica de Hollywood y el mundo social en el que habitan sus trabajadores, tanto los actores y directores ‘estrella’ como los diferentes profesionales y técnicos especializados. Para una investigación reciente sobre la interacción entre proyectos productivos y redes sociales en el mercado de los guionistas de cine y televisión vid. Bielby y Bielby (1999). Por su parte Sampson (1996: 141ss.) ha argumentado sobre la progresiva subsunción del concepto clásico de sociedad civil dentro del mundo de los proyectos a partir de una investigación sobre la puesta en marcha de programas de ayuda económica destinados a operar la transición democrática en los países de Europa del Este tras la caída del Muro de Berlín (véase también Wedel, 2001: 106-122).

de ejecutivos empresariales para la reorganización de los negocios empresariales en ramas tan variadas como la producción industria informática y de telecomunicaciones, la producción de maquinaria pesada, los servicios de entretenimiento o, más recientemente, los servicios públicos.

El valor legítimo, la *grandeur* propia de la Ciudad por Proyectos, es la actividad. “En la Ciudad por Proyectos, el equivalente general, aquello respecto de lo cual se mide el valor legítimo de las personas y las cosas, es la actividad [...] En la Ciudad por Proyectos la actividad supera las oposiciones entre trabajo y no-trabajo, entre lo estable y lo inestable, entre el asalariado y el no asalariado, entre el interés y la benevolencia, entre aquello que es valioso en términos de productividad y aquello que, no pudiendo ser objeto de medida, escapa a toda evaluación contable.” (id., 165). El continente práctico de la actividad en el dominio de acción definido por un mundo reticulado es el proyecto. Definido como “la ocasión y el pretexto para la conexión”, “un cabo de red fuertemente activo durante un periodo relativamente corto pero que permite forjar lazos más duraderos que serán luego enterrados para poder seguir disponibles”, el proyecto es el dispositivo que “permite la producción y la acumulación en un mundo que, si fuese puramente conexionista, no conocería más que flujos, sin que nada pudiese estabilizarse acumularse o tomar forma.” (Id., 56-57).

Según estos investigadores, el continente práctico de la actividad en el dominio de acción definido por un mundo reticulado es el *proyecto*. Definido como “la ocasión y el pretexto para la conexión”, “un cabo de red fuertemente activo durante un periodo relativamente corto pero que permite forjar lazos más duraderos que serán luego enterrados para poder seguir disponibles”, el proyecto es el dispositivo que “permite la producción y la acumulación en un mundo que, si fuese puramente conexionista, no conocería más que flujos, sin que nada pudiese estabilizarse acumularse o tomar forma.” (Boltanski y Chiapello, 1999: 56-57), este término absolutamente crucial en el vocabulario de la gestión empresarial moderna ha pasado a ser usado en el lenguaje común para designar una fórmula convencional de encuadramiento espacio-temporal de la acción humana que se lleva a cabo dentro de un mundo continuo y difuminado, moldeando a lo largo de los últimos cuarenta años sobre el patrón de los nuevos sistemas de producción flexibles. Un mundo que el sociólogo de la ciencia y la tecnología Bruno Latour (1992), adaptando al vocabulario científico-social una de las categorías centrales de la ontología de la existencia de Martin Heidegger, ha definido como un tejido o “red sin costuras”.

Más allá del ámbito de la gestión empresarial, el tópico del proyecto (“proyecto político”, “proyecto solidario”, “proyecto vital”, “proyecto estético”, “proyecto investigador”, “proyecto familiar”), introduce un conjunto elemental de restricciones convencionales de carácter muy general (un inicio, un planteamiento

de objetivos, un presupuesto de recursos, un plazo de conclusión) con las que intentamos contener dentro de un conjunto limitado de dimensiones evaluables (innovatividad, conectividad, empleabilidad) el despliegue virtualmente incontenible de la acción social en un espacio difusivo de redes sociales. Pero, paradójicamente, “es precisamente en la medida en que el proyecto es una forma transitoria puede ajustarse a un mundo en red: la sucesión de proyectos, al multiplicar las conexiones y al hacer proliferar los vínculos tiene como efecto la extensión de las redes.” (id., 167). En efecto, la forma-proyecto, islote transitorio de orden caótico (complejo y precario) en un océano de desorden azaroso, constituye el catalizador perfecto para la propagación de las redes y a la vez proporciona una serie de apoyos objetivos, siquiera precarios para la acción discursiva que pretende formular juicios de valor (“esto es mejor/peor que aquello”) en un mundo erigido, paradójicamente, sobre las ruinas del “sueño” o el “engaño” de la moral.

“La noción de ‘proyecto’ en el sentido en que la entendemos aquí, puede ser entendida como una formación de compromiso entre exigencias que se presentan en principio como antagonistas: aquellas que provienen de la representación en red y aquellas otras inherentes al deseo de dotarse de una forma que permita soportar un juicio y generar órdenes justificables. Sobre el tejido sin costuras de la red, los proyectos dibujan efectivamente una multitud de mini-espacios de cálculo, en cuyo interior el orden puede ser engendrado y justificado.” (Id., 160).

La Ciudad por Proyectos está, pues, poblada por nuevos tipos de seres, los mediadores¹⁵ (jefes de proyecto, *managers*, consultores), los proveedores, los innovadores, las nuevas tecnologías, las relaciones de confianza, los acuerdos de franquicia, las alianzas de producto, la subcontratación, las sinápsis neuronales, las redes, los proyectos... Para desarrollar la potencialidad común específica de este mundo que es la capacidad virtual de “establecer conexión”, comunicarse, coordinarse, ajuste con los demás, los sujetos han de sacrificarse e invertir en formación continua para lograr se cada vez más ligeros, tolerantes, adaptables y flexibles, y poder alcanzar así los estados de grandeza propios de este régimen de justicia: la polivalencia, la empleabilidad, la autonomía o la evolución. La capacidad para salvar las distancias (sociales) a base de construir mediaciones entre posiciones muy alejadas (vgr. de establecer vínculos a la vez improbables y fructuosos) es así la medida por excelencia de la grandeza en la Ciudad por Proyectos. En el retrato antropológico robot del ciudadano modelo de esta ciudad, la movilidad, la

¹⁵ “Esta ciudad se apoya sobre la actividad del mediador tal se muestra en la formación de redes, actividad cuyo propósito es dotar a las redes de objetivos a alcanzar o bien de propiedades sustantivas de entidades entre las cuales pueda efectuarse la mediación. Desde esta perspectiva la mediación en sí misma un valor o mejor, desde el punto de vista de nuestro cuadro conceptual, una *grandeur* específica de la cual todo actor es susceptible de prevalerse en la medida en que “pone en contacto”, “establece vínculos” y contribuye por tanto a “tejer redes.” (Boltanski y Chiapello, 1999: 161-162).

tolerancia, la ligereza y la ambivalencia constituyen los atributos esenciales que definen la “grandeza moral” de los sujetos. El talante moral del ciudadano modelo plenamente integrado en la lógica de la conmutación constante entre proyectos diferentes de duración limitada, se caracteriza sobre todo por la ambivalencia entendida aquí como la sospecha frente a todo “moralismo” basado en un sistema de convenciones. A efectos de la eventual emergencia de un régimen de justicia específico de un mundo conexionista, la ambivalencia parece erigirse como la postura moral legítima en un mundo radicalmente cambiante e incierto.¹⁶

Según el análisis de Boltanski y Chiapello (1999: 192-93), aunque la Ciudad por Proyectos tendría como principal rasgo en común con la Ciudad Inspirada la importancia acordada a la creatividad y a la innovación, en el segundo caso, las convenciones y pruebas tecnológicas y legales clásicas orientadas a atribuir la autoría y la responsabilidad de ciertos actos creativos a sujetos individuales -y sus correlatos, las acusaciones de plagio y de falta- no constituyen ya operaciones naturales, esto es, no son ya fuente de juicios indiscutidos, sino formas de cualificación problemáticas, sujetas a crítica y disputa.

[E]n la ciudad por proyectos, la creatividad es una función del número y la calidad de los contactos. Proviene por tanto de la *recombinación* más que de la invención *ex nihilo* y toma fácilmente una forma “distribuida” (como cuando se habla de “inteligencia distribuida”), estando la carga de la innovación repartida entre multitud de agentes diferentes, de forma que, en el cuadro de esta ciudad, sería inconveniente tratar de precisar en exceso la responsabilidad específica de cada uno en el proceso de innovación o, peor, de reivindicar una originalidad radical y de acusar a otros de “plagio” (Boltanski y Chiapello, 1999: 192-93).

4.2. La ‘justicia conexionista’ como paradoja sociológica

Penúltima “justificación” elaborada por los actores inmersos en sistemas de acumulación capitalista frente a los sinsentidos de la alienación y la explotación denunciados por las críticas artista y social, la forma-proyecto trata de contener dentro de fronteras inteligibles y manejables la “hemorragia del sentido” -según el eslogan postmoderno acuñado por Jean Baudrillard- producida por la progresiva y

¹⁶ “El “grande” de la Ciudad por Proyectos [...] ha retenido del psicoanálisis y, en general de la difusión de [lo que Paul Ricoeur ha llamado] “filosofías de la sospecha”, que hay que saber liberarse del moralismo levantando la sospecha sobre los motivos ocultos de toda empresa de moralización y reconociendo la validez de la ambivalencia. Los numerosos útiles de origen analítico integrados en la Ciudad por Proyectos se orientan a un desarrollo del realismo: sirven para mirar a la realidad cara a cara, sobre todo, la del deseo, tratado como un dato entre otros, pero también, por la misma operación, a reconocer los límites que la realidad impone al deseo. Es así realista, en un mundo en red, el ser ambivalente (por oposición al “ser de una pieza” propio del mundo jerárquico), porque las situaciones que deben afrontarse son ellas mismas complejas e inciertas.” (Boltanski y Chiapello, 1999: 184-85).

cada vez más generalizada toma de consciencia del carácter arbitrario de toda restricción convencional impuesta sobre las potencialidades ilimitadas del deseo o la voluntad humanas, tal como la ha sido informada por las diversas críticas sociológicas, antropológicas, psicoanalíticas, semiológicas, genealógicas, etc. de los sistemas de valores tradicionales de la obediencia familiar, productividad industrial, creatividad subjetiva, solidaridad cívica, reputación social y competencia mercantil.

El síntoma mayor de esta tensión entre valores heterogéneos que amenaza la estabilidad del modelo de justicia conexionista construido por Boltanski y Chiapello lo podemos encontrar en las dificultades que ha tenido que afrontar el trabajo empírico que ha culminado en la elaboración del modelo. Así, mientras que el trabajo de recopilación del léxico básico del mundo conexionista o mundo-red (*monde-reseau*) se ha extraído del análisis informático del contenido de textos prácticos gestión empresarial publicados durante la década de los 90, la elaboración de la gramática fundamental de La Ciudad por Proyectos ha tenido que afrontar un obstáculo teórico mayúsculo: heredera moderna, bien que a su pesar, del espíritu analítico de la filosofía política clásica en el que se inspiraba del modelo de ciudad armoniosa elaborado en *De la justification*, la ciencia social contemporánea se ha dedicado, al menos desde la segunda mitad de este siglo, a deconstruir la concepción filosófica clásica de la justicia como valores moral de carácter universal, substituyendo la apelación a la legitimidad y el bien común por un análisis crítico de los procesos de legitimación considerados como luchas sociales por el poder.¹⁷

La exégesis de una amplia muestra de textos de ciencia social teórica y aplicada publicados a lo largo de los últimos 30 años que llevan a cabo Boltanski y Chiapello arroja una hipótesis terrorífica: la Ciudad por Proyectos, proyecto de las ciencias sociales, es un proyecto de anti-ciudad donde no parece haber cabida para la instauración de un nuevo tipo de valor moral específico del mundo conexionista. Y es que desde el punto de vista de las teorías clásicas de la justicia, la de ‘proyecto’ es una noción contradictoria, en el sentido de que con ella se intenta recuperar la substancia ontológica del juicio moral a partir de un conjunto heterogéneo de convenciones teorías cuya principal característica en común es justamente la de haber

¹⁷ En un hábil ejercicio de reflexividad sociológica de Boltanski y Chiapello proponen considerar también el propio modelo teórico original de los regímenes de acción en justicia de Boltanski y Thévenot como una pieza mayor del nuevo mundo conexionista cuya emergencia postulan. Efectivamente, vista desde la perspectiva propia de este eventual “séptimo mundo común”, una obra como *De la justification* habría intentado llevar a cabo, sobre el concepto clásico de juicio moral, un trabajo de desustancialización análogo al de las críticas post-estructuralistas de la metafísica política clásica “en dos niveles” (Boltanski y Chiapello, 1999: 687, n. 19). Efectivamente, la construcción del sentido moral característico de los habitantes de las sociedades modernas formulada en el modelo de economías de la legitimidad de Boltanski y Thévenot se decanta también por la apertura hacia lo pragmático (así, el paso del “acto” de juzgar a la “competencia” de juicio), lo múltiple (su concepción de una “pluralidad” de regímenes de acción en justicia) y lo aleatorio (el compromiso entendido como “montaje combinatorio”).

llevado a sus últimas consecuencias la crítica positiva de la moral como forma de “dominación por la metafísica”. La paradoja de la Ciudad por Proyectos consiste en intentar edificar una ciudad política ordenada sobre un suelo antropológico (la red) que se constituye precisamente como negación práctica de la posibilidad de tal modelo de orden político.

El concepto de responsabilidad legal ha adquirido recientemente una nueva modalización en el marco del proceso de formación de políticas públicas en las sociedades tecnológicas avanzadas (Chateauraynaud y Torny, 1999: 59-63). Intimamente vinculada a una comprensión moral de la relación entre acción humana y reacción tecnológica, la emergencia y puesta en marcha desde principios de la década de los 80 de una norma científico-legal original bautizada con el nombre de principio de precaución¹⁸ define un criterio estrictamente político de responsabilidad colectiva en relación con el problema novedoso de la propagación aleatoria a gran escala o incluso a escala planetaria de los efectos potencialmente nocivos, vg. los riesgos, para el medio ambiente y la salud pública, de procesos de innovación tecnológica, producción industrial y distribución comercial crecientemente flexibles y deslocalizados. La revolución de la ingeniería genética, ha convertido a sectores económicos estratégicos como el agroalimentario –con los organismos genéticamente modificados como eje central de actuación (Noiville y Gouyon, 2000)– y el biomédico –con las controversias sobre las terapias génicas y la clonación (Jonas, 1997: caps. 8 y 9)– en el principal blanco de este nuevo estilo de política de regulación tecnológica desarrollado bajo el manto legal del principio de precaución.

La rápida institucionalización del principio de precaución en la legislación sanitaria y medioambiental apuntaría a la posible configuración de un nuevo régimen de justicia específicamente apropiado para conferir legitimidad moral a la acción social desplegada en mundo cada vez más conscientemente aleatorio. Estaría así en sintonía

¹⁸ En 1995 Francia fue el primer país en integrar plenamente dentro de su ordenamiento jurídico el principio de precaución, una de cuyas primeras expresiones puede encontrarse en el artículo L.200-1 del código rural francés donde se dispone que “tenidos en cuenta los conocimientos científicos y técnicos del momento, la ausencia de certidumbre no debe retardar la adopción de medidas efectivas y proporcionadas destinadas a prevenir un riesgo de daños graves e irreversibles al medio ambiente a un coste econmicamente aceptable.” (citado en Kourilski y Viney, 2000: 11). En España el Tribunal Supremo ha recurrido por primera vez al principio de precaución como fundamento jurídico en una sentencia reciente que extiende la prohibición previa que pesaba sobre el empleo de una conocida sustancia química (clembuterol) para engorde de ganado a su administración en cantidades infinitamente menores que la dosis mínima científicamente probada como nociva para la salud humana. El Tribunal Supremo aduce a este respecto que, en presencia de un “peligro abstracto” para la salud pública, se hace necesario tomar medidas preventivas para evitarlo “aun cuando subsista una incertidumbre respecto a la existencia e importancia de riesgos para la salud de las peronsas... sin tener que esperar que la realidad y la gravedad de los hechos están plenamente demostrados.” (citado en Julio M. Lázaro, “El Supremo reclama el principio de precaución en materia alimentaria”, diario *El País*, Madrid, 17 de enero de 2001, p. 24).

con el nuevo espíritu garantista de un conjunto cada vez más numeroso de proyectos paralelos de innovación conceptual en diferentes ámbitos de regulación legal -como la definición de un nuevo “derecho de actividad” en el ámbito laboral, vinculado a las propuestas de extensión reticular de los derechos propiedad intelectual e industrial a todos los agentes implicados en un proyecto de desarrollo de un producto o servicio; o la propuesta de la llamada “tasa Tobin”, un impuesto sobre las operaciones en los mercados internacionales de divisas.¹⁹ Según Boltanski y Chiapello (1999: 474-75) estas y otras varias propuestas de categorización legal de determinados tipos de estructuras reticulares y procesos de propagación aleatoria irían en la línea de “conferir a las redes un estatuto legal con el fin de limitar las posibilidades de oportunismo y de explotación conexionista que se observan actualmente pero sin volver a imponer formas jurídicas rígidas que las harían inoperantes porque no captarían la especificidad de las nuevas configuraciones”.

4.3. La economía de la autenticidad: de la flexibilidad productiva a la flexibilidad moral

Para hacerse una idea del tipo de cambios que permite describir la hipótesis de la incipiente configuración de La Ciudad por Proyectos, en relación con las posibilidades descriptivas que ofrecen sus más directos competidores dentro del marco teórico de *De la justificación* -la Ciudad Mercantil, la Ciudad Inspirada, la Ciudad Doméstica y la Ciudad Industrial- considérese por ejemplo el dilema actual que plantea el desarrollo de uno de los ejes institucionales estratégicos que vertebran el esqueleto del nuevo régimen informacional de organización social de la producción: el sistema legal de la asignación de derechos de propiedad intelectual sobre las creaciones artísticas y las invenciones tecnológicas.

La existencia del complejo burocrático de las normas de calidad industrial y los derechos de propiedad intelectual va de la mano de un modelo característico de justificación pública: el discurso, tan típico de las grandes corporaciones industriales, los gremios profesionales y los creadores artísticos consagrados, sobre la necesidad de proteger “intangibles” tales como una obligación crediticia, una patente farmacéutica o una partitura musical, contra determinado tipo de acciones

¹⁹ En otro sitio (Izquierdo, 1999: cap. 9) he tratado de mostrar cómo, en la industria global de servicios de intermediación financiera, la elaboración de los criterios políticos de precaución y responsabilidad como guías para la adopción de decisiones de regulación tecnológica en contextos de incertidumbre científica sobre riesgos a largo plazo y efectos destructores potencialmente irreversibles, ha seguido en realidad vías tecnológicas y legales muy diferentes. Tras la revolución de la ingeniería financiera, el debate sobre innovación tecnológica y niveles de riesgo aceptables en este dominio ha tenido como foco de atención privilegiado el papel de los instrumentos derivados y los desarrollos en materia de normas públicas de prevención de riesgos de carácter sistémico se han decantado por el modelo mercantil de la competencia de estándares tecnológicos.

fraudulentas (la falsificación, el plagio) que amenazan con destruir los valores materiales (el precio, el beneficio) y/o espirituales (el estilo, la personalidad) que sus propietarios legítimos les asignan. Pero desde el punto de vista de regímenes de justificación alternativos, la puesta en circulación de “imitaciones fraudulentas” puede ser considerada también una forma perfectamente legítima de denuncia pública: una acción destinada a desvelar cómo, bajo el manto de grandes categorías metafísicas como la calidad, la originalidad y la singularidad, lo que se ocultan en realidad son precios abusivos, clientelas cautivas e imposturas intelectuales.

La existencia de entes colectivos paralelos, como las normas de defensa de la competencia, las asociaciones de consumidores, los estándares industriales, las academias de crítica ‘deconstructivista’ o nuevas vanguardias culturales como el movimiento del “arte apropiatorio” (Izquierdo, 2000), se apoya sobre la validez de este tipo de argumentación. La institución de la propiedad intelectual, apoyada sobre los conceptos fundamentales de “autoría” y “originalidad” individual, es una figura a caballo entre la lógica inspirada, la lógica mercantil y la lógica cívica que respeta el mito del creador individual. En la Ciudad por Proyectos, la autenticidad personal en vez de ser fruto del aislamiento tiene como fuente la asociación múltiple.²⁰ La creación inspirada tiene como origen un don individual, mientras que la creación reticular es una operación de recombinación (id., 192-93). La dinámica de la innovación científica se confunde aquí con la dinámica del entretrejimiento de redes de relaciones sociales: las relaciones de confianza implicadas en la comunicación personal—de la que la comunicación entre el maestro y los alumnos en el aula es el paradigma—proporcionan los medios más eficientes para economizar recursos en las tareas de seleccionar información y darle sentido, fundamentales para la producción de conocimiento nuevo.

Por otro lado, la Ciudad por Proyectos se distingue de la ciudad mercantil en el énfasis puesto sobre el valor del tipo de información altamente concreta y específica que vehiculan las relaciones de confianza materializadas en intercambios conversacionales cara a cara -en vez de sobre aquella abstracta generalizable que vehiculan los precios y los estándares (id., 193-195). Esta diferencia tiene consecuencias al nivel del tipo de duraciones socialmente esperadas por los agentes (puntuales

²⁰ Una exposición crítica de las múltiples aplicaciones de este método estratégico-relacional de desconstrucción/replicación de la autenticidad en el mundo de los negocios (publicidad, relaciones públicas, *marketing* y ventas, ambientación) puede encontrarse en Ruskoff (2001). Para un retrato impresionista del lugar estratégico que ocupan las nuevas técnicas publicitarias del “*marketing* de la identidad” en el panorama económico-político general de la “globalización”, tanto en su vertiente positiva (corporativa y gubernamental) como en su acepción crítica (activista y *hacker*), véase Klein (2002). Finalmente, para un desternillante informe ensayístico, tan exagerado como preciso, sobre los hábitos de consumo y estilos de vida del tipo antropológico ideal de la ciudad por proyectos, el “burgués bohemio” (en inglés Bourgeois-Bohemian o simplemente BoBo), véase BROOKS (2001).

en el intercambio mercantil, prolongadas en el proyecto regulado por redes de relaciones) y sobre el principio de justificación empleado por los agentes para validar sus acciones (pruebas de competencia en el caso mercantil y pruebas de “cooperencia” o cooperación-competencia en el caso reticular).

Junto con trabajadores de las industrias de propiedad intelectual -creadores, productores, economistas, abogados, etc.-, los profesionales de los servicios financieros avanzados constituyen otro de los grandes baluartes sociales de este presunto Nuevo Mundo económico y político. Los ingenieros financieros y los *traders* que operan en los mercados internacionales de derivados serían desde este punto de vista uno de los contingente humanos más propensos a contraer, por su mayor grado de exposición a actividades productivas flexibles e inciertas, el virus de flexibilidad y la incertidumbre cognitivas y morales que anima la vida cotidiana en La Ciudad por Proyectos. El tipo de representación conexionista o relacional del mundo económico que sustancia el saber del ingeniero financiero es, por un lado, particularmente adaptado, para sacar provecho económico en un entorno donde las relaciones sociales son el principal vehículo de información fidedigna sobre los fundamentos de valor de las inversiones especulativas. Por otro lado, el mantenimiento de una estructura de diferenciación institucional, bien que cada vez más débil, produce una visión muy diferente de la tarea conexionista del ingeniero financiero. Bajo el signo de la defensa de la autonomía académica, la competencia mercantil, la transparencia política o la estandarización industrial, la puesta en práctica de las tecnologías conexionistas de los productos derivados no se resiste a la formulación de la crítica y aun la denuncia como fuente de promiscuidad social, de comercio ilegítimo y, en particular, ilegal, entre esferas de acción social relativamente autónomas.

Sin embargo, la valoración última, en términos morales, de la aventura innovadora de los ingenieros financieros, no puede prescindir de uno u otro de estos dos aspectos, esto es, de los beneficios y los perjuicios inherentes a toda operación de arbitraje en un espacio de redes sociales débilmente diferenciado. Más acá de la condena penal y más allá de la legitimidad pública, el arte conexionista del ingeniero financiero se nos revela en este caso como revelador supremo de la ambivalencia moral que suscita un programa de innovación tecnológica que, abrazada a una teoría abstracta de la comunicación basada en la búsqueda de la máxima eficiencia en el transporte de flujos de información normalizada a través de un espacio estadístico –el modelo de una red social “sin costuras”– se impone como objetivo el rediseño a gran escala del tejido, todavía con costuras, de relaciones sociales que sostiene a las modernas economías de mercado.

5. Sociología post-etnometodológica vs. etnometodología

Boltanski y Chiapello han escrito un libro espléndido, cuya lectura recomiendo encarecidamente: es indudablemente de lo mejorcito que ha llegado en los últimos 30 años a los estantes de ciencias sociales de nuestras librerías y bibliotecas. Sin embargo, tras la lectura de NEC, hay algunas cosas que no acaban de cuadrar en mi pequeña cabezita de profesor de sociología. Veamos pues, para finalizar, las que, a mi juicio, son las más importantes ‘disonancias cognoscitivas’ de este proyecto sociológico.

Según los autores, una de las primeras encarnaciones del espíritu cultural (las teorías conexionistas, caóticas, nómadas, etc. del orden físico y moral) con el que hemos venido retrospectivamente a caracterizar el nuevo tiempo ontológico en el que vivimos (‘el capitalismo por proyectos’) vino a ocurrir en un lugar y un momento muy especiales del globo: en los escritos de la sociología crítica estadounidense publicados durante las décadas de los 60 y los 70. La narración forzosamente impresionista de la evolución de la sociología crítica estadounidense que ofrecen los autores en el apartado tercero del capítulo II de su libro, cuenta cómo la progresiva radicalización de dos de las principales bifurcaciones científico-sociales de la filosofía pragmática de Peirce, James y Dewey, la ecología social de Robert Park y la Escuela de Chicago y la psico-socio semiótica de George H. Mead y los interaccionistas simbólicos, culminó en la institucionalización de dos nuevas formas de hacer sociología. Sobre el brutal impacto técnico, económico, político y cultural de la segunda de ellas -la sociología estructuralista, cuya versión más lograda es el análisis de redes sociales- tratan con amplitud las más de 800 páginas de su tratado. En cambio, a la primera de ellas solamente se le dedica el siguiente, escueto comentario:

“La primera [de estas dos nuevas posiciones] -de la cual la etnometodología, que no nos concierne directamente aquí, constituyó la expresión más acabada- tenderá a poner el acento sobre los procesos de interpretación mediante los cuales los actores buscan dar un sentido a las acciones sociales durante el curso mismo de su efectación. Esta perspectiva descansa sobre el problema de la totalización puesto que el significado de las palabras del que depende el trabajo de interpretación se encuentra en sí misma indexado respecto de las situaciones de enunicación que son, por definición, siempre singulares.” (Boltanski y Chiapello, 1999: 224)

Tras la cooptación sucesiva de la economía, la psicología y la sociología, en la década final del siglo XX algunos visionarios del mundo de los negocios volvieron sus ojos hacia la antropología como la “disciplina emblemática de la capacidad de las ciencias sociales, y más específicamente de sus nuevos métodos de observación, para colaborar en los nuevos procesos de expansión y la profundización de las

culturas del capitalismo.” (Suchman, 2001: 2).²¹ Efectivamente, la profesora Lucy Suchman, una de los principales responsables del reciente revival, en la sociología y la antropología estadounidense y europea, del aparentemente superado y olvidado cisma etnometodológico de los años 60, ha conjeturado que la inesperada atención mediática que recibieron en EE.UU., durante la década de los 90, una serie de oscuros proyectos académicos de descripción etnográfica del trabajo de diseño industrial²², podría interpretarse como otro de los síntomas estratégicos de la astuta trans-mutación histórica llevada a cabo por la cultura materialista, cuyo síndrome más general (el “Capitalismo Artista”) habría sido diagnosticado por Boltanski y Chiapello en su libro.²³

En un trabajo reciente, Nicholas Dodier, uno de los miembros más lúcidos del Grupo de Sociología Política y Moral animado por Luc Boltanski y Laurent Thévenot en la *Ecole de Hautes Etudes* de París desde finales de los años 80, ha desarrollado de forma más extensa las implicaciones de la problemática etnometodológica en los trabajos del Grupo.

²¹ En clara sintonía con la conexión genealógica entre ciencia social post-estructuralista y “*management creativo*” específicamente postulada por Boltanski y Chiapello en su libro, Douglas Ruskoff, profesor de Cultura virtual de la Universidad de Nueva York y afamado cibergurú, ha documentado (Ruskoff, 2001) el proceso a través del cual los métodos de observación etnográfica e investigación cualitativa de procesos sociales *in vivo* -notablemente, el análisis secuencial de eventos sociales microscópicos a partir de grabaciones en vídeo- desarrollados por la vanguardia teórica de la sociología y la antropología universitarias, acaban siendo reciclados por los ejecutivos de las grandes agencias multinacionales de publicidad. Durante la década de 1990, algunos conspicuos elementos del vasto corpus bibliográfico de trabajos de investigación académica -siempre provisionales y refutables por definición- que versan sobre el carácter a la vez irremediabilmente ritual e inexcusablemente local de los fenómenos fundamentales del orden social, han sido o son reempaquetados por los profesionales de la investigación comercial y la planificación publicitaria bajo la etiqueta de “fundamentos científicos” de la “eficacia tecnológica” de la extensa panoplia de técnicas de “*marketing virtual*”, “ambientación de espacios de compra” y “consumo experiencial” empleadas por los nuevos líderes del mercado global de marcas comerciales, empresas como Nike, Amazon.com, The Body Shop, Starbucks, Sega, Ikea, Disney, Calvin Klein, etc.

²² Muy especialmente el programa de investigaciones del Xerox PARC de Palo Alto, en California, fundado y dirigido por la propia Suchman, sobre la interpenetración de modelos computacionales y modelos interaccionales de análisis en el diseño ingeniero de tecnologías de la información. Tras el fin de su ciclo californiano, Suchman, neoyorkina de origen, se trasladó a finales de los años 90 a Gran Bretaña, a la Universidad de Lancaster, donde continua desarrollando su programa de investigaciones sobre las prácticas sociales y laborales implicadas en el diseño y el uso de las nuevas tecnologías de la información.

²³ “Al aparecer como figura protagonista en varios de estos reportajes periodísticos [sobre los antropólogos que trabajan para las empresas de alta tecnología] me quedé algo asustada al conocer detalles de las circunstancias específicas, aparentemente peculiares a través de las cuales yo y un pequeño número de colegas acabamos inmersos, durante los pasados veinte años, en una variedad de proyectos empresariales. El hecho de que estos reportajes periodísticos comenzaran a aparecer en la década de los 90, podría indicar que, por muy personales e idiosincráticos que puedan ser sus detalles, nuestras historias peculiares son también parte de una serie de tendencias más generales, cambios en las retóricas y en las prácticas de las corporaciones multinacionales a finales del siglo veinte.” (Suchman, 2001: 3).

En el nivel más general de sus consideraciones Dodier afirma que la sociología post-etnometodológica que se ha desarrollado desde principios de la década de 1980 -principalmente en Francia, hemos de suponer, aunque también con algunas conexiones anglosajonas, mayormente en el campo de los estudios sociales sobre la ciencia, a través de la tremenda influencia ejercida por la *actor-network theory* de Bruno Latour y Michel Callon- ha contribuido a “cambiar el paisaje teórico [de la sociología], al difuminar el contencioso entre etnometodología y análisis constructivo característico del período anterior” (Dodier, 2001: 325). A continuación ofrece una caracterización más fina de los rasgos singulares por los que se define esta postura investigadora:

“Dentro de esta perspectiva los objetos, y más generalmente, los dispositivos, son vistos a la manera de ensamblajes de objetos e inscripciones, crean, más allá de las personas, contextos relativamente estables que el sociólogo puede el mismo extraer de las actividades y someter al ejercicio de la cualificación, de la comparación. Se abre así la posibilidad de construir series con los diferentes tipos de situaciones y de estudiar las restricciones y las posibilidades propias de los sujetos que se hallan inmersos en ellas... De suerte que en los análisis post-etnometodológicos, entre la localización radical de las prácticas y el nivel más general de las propiedades formales, aparece todo un conjunto de entidades intermedias que contribuyen a distinguir las formas de actividad las unas de las otras, a percibir su distribución en el tiempo y en el espacio, así como sus combinaciones posibles.” (Dodier, 2001: 326-327)

Finalmente, para disipar las dudas del público sobre la verdadera razón de ser de lo que en apariencia es sólo otro sutil ejercicio académico de doble torsión del nivel molecular y el nivel orgánico de la ciencia social empírica, Dodier concluye que esta postura epistemológica “no abandona la idea de que la sociología puede aportar cosas a la experiencia ordinaria de las relaciones complejas entre condición común y condiciones específicas.” (ibid., 329, mi énfasis). La expresión “aportar cosas” puede leerse en el viejo sentido constructivista de reparar, remediar, mejorar o, más generalmente, reformar lo ya existente.²⁴

²⁴ “La etnometodología es fundamentalmente un proyecto ético que trata de proteger el lenguaje indígena frente a los intentos de usurpación y transcodificación llevados a cabo bajo los auspicios de sistemas intelectuales, sean estos sociológicos o técnicos o de cualquier otro signo. Con lo cual rechaza que sus descubrimientos puedan ser reapropiados como recursos para subsiguientes usurpaciones del mismo tipo” (Agré, 1998: 23.) Partiendo de esta proposición, formulada por el ingeniero informático Philip Agré en una ponencia presentada a la sesión del grupo de trabajo sobre “Etnometodología: estudios híbridos sobre el trabajo” celebrada bajo la dirección de Harold Garfinkel en 1998 en San Francisco (California) en el marco de la Conferencia Anual de la Asociación Americana de Sociología, el padre de la etnometodología ha sostenido recientemente que una de las tareas centrales del programa etnometodológico se orienta “a la *reforma* de la razón técnica (...)” (Garfinkel, 2002: 93, cursivas mías.) Interpretada al pie de la letra y sacada fuera de su contexto subsiguiente, la afirmación de Garfinkel parece chocar de frente con la conclusión final que extrae Agré del argumento citado inicialmente; a saber, que “el verdadero objeto de la etnometodología son los métodos, punto, y no la *reforma* de las prácticas

Esta misma cuestión del tipo de herramientas de ingeniería social que pueden derivarse de un tal tipo de sociología ‘post-etnometodológica’, había sido apuntada, en la forma de una disgresión sobre las ‘tentaciones pasajeras’ del sociólogo de la sociedad crítica por el propio Luc Boltanski en una entrevista en la que comentaba sobre su obra investigadora durante la década de los 80. La obra en cuestión, “*La denuncia*” (Boltanski, 1984), es un análisis estadístico y semiótico de la distribución de los elementos de un corpus de cartas de denuncia dirigidas a la redacción del periódico parisino *Le Monde*, en el interior de una red de relaciones de sentido entre un pequeño conjunto de categorías ‘actanciales’ (perseguidor, víctima, juez, espectador), pretendía elaborar “una gramática de la normalidad, explorar el sentido común de la normalidad.” (Boltanski, en Dosse, 1995: 60). Según apunta el propio Boltanski, aunque las competencias analíticas adquiridas durante aquel trabajo de investigación le podrían haber permitido convertirse en un “consultor en denuncia”, su verdadera intención al llevarlo a cabo era más bien la de “abrir las posibilidades de expresión, las posibilidades de protesta de las personas.” (Id.)

Dentro de esa misma tensión entre fenomenología de la praxis y consultoría técnica que anima su trabajo sobre *El amor y la justicia como competencias* (1990), se gestó también su trabajo posterior en *El sufrimiento a distancia* sobre la formación de juicios morales en un entorno de comunicación mediática (Boltanski, 1993). Sin embargo en *El nuevo espíritu del capitalismo* Boltanski parece haber escapado a la ambivalencia fundamental entre ‘pragmática y crítica’ que delimita a nivel profundo su concepción recibida de qué sea esa cosa, la ‘ciencia social’, para lanzarse, por enésima vez, a la conquista del *optimum optimorum* de la intelectualidad-parisina-de-izquierdas-fetén: la perfecta integración entre paciencia escolástica y compromiso

profesionales.” (“*Hazards of Design*”, cursiva mía). Pero no hay en realidad contradicción alguna, pues el uso distintivo del sustantivo “reforma” en la formulación anterior de Garfinkel se explica en la continuación de la misma frase de este modo: “haciendolo así [la reforma de la razón técnica] con el objeto principal de especificar el trabajo de las ciencias sociales y de las ciencias naturales como ciencias naturalmente explicables (*naturally accountable sciences*) de la acción práctica y la razón práctica.” (Garfinkel, 2002: 93). Esta última distinción, fundamental en el programa etnometodológico de Garfinkel, entre prácticas “clásicamente explicables” (*classically accountable*) y “naturalmente explicables” (*naturally accountable*), es objeto a su vez de una relevante explicación aclarativa por parte de la editora de la obra “pre-póstuma” de Garfinkel, la socióloga Anne Warfield Rawls, según la cual “los miembros implicados en la producción de órdenes sociales han de rendir cuentas en todo momento por lo que hacen y por como lo hacen. Pero existen diferentes niveles de rendición de cuentas o explicabilidad: la explicabilidad ante la cohorte poblacional y la escena en la que uno hace algo; y la explicabilidad ante la cohorte poblacional a la que uno entrega una descripción de lo que ha sido hecho. El análisis formal se ocupa solamente de la segunda, a la que Garfinkel llama “explicabilidad clásica”, mientras que la etnometodología se ocupa también de la primera. Si bien la atención de la etnometodología al segundo tipo de explicabilidad es también distintivamente diferente, por cuanto no reconoce a la legitimidad que los métodos formales confieren a las descripciones.” (Rawls, Editor’s note, en Garfinkel, 2002: 173, n. 2.)

con los tiempos.²⁵ Esto es, estar en misa y repicando. La misma quimera intelectual/aberración política de cuya persecución/perpetración había sido acusada, a principios de los 80, la generación sociológica precedente (representada en la persona de Pierre Bourdieu). La cual, a su vez, al hilo de los sucesos de mayo del 68, había acusado del mismo error epistemológico/pecado político a la generación anterior, representada esta vez por Raymond Aron.

El proyecto de la Ciudad por Proyectos abandona, pues, claramente el mundo 'purista' de la 'ética radical de la indexicalidad' para decantarse no menos claramente por el mundo práctico de la consultoría política. Bajo la etiqueta híbrida de sociología post-etnometodológica, los autores del *Nuevo espíritu del capitalismo* parecen, a mi juicio, haber optado por abrazar el estándar *de facto* imperante en la escritura de las ciencias sociales (Lynch, 1999): un formato de pixelado -como se dice en la jerga del análisis informático de imágenes- de la realidad social 'más económico' que parte de la máxima epistémico-moral que la pérdida de resolución es un valor secundario en relación con la ganancia de velocidad de transmisión. Efectivamente, por mucho que a primera vista el libro de Boltanski y Chiapello nos parezca excesivamente voluminoso, el hecho de ofrecer un retrato del 'la sociedad-actual-tal-como-es-en-su-totalidad' (vulgo, 'la globalización') en poco más de 850 páginas constituye en sí mismo una de las proezas más asombrosas obtenidas con la maquinaria de comprensión de datos disponible en el campo de las ciencias sociales.²⁶

²⁵ Sobre la base de un diagnóstico teórico-empírico alternativo (cuyo anclaje más fundamental en el actual panorama de los programas de investigación sociológica son los llamados "estudios sobre el capital social") de los problemas esenciales de la sociedad (estadounidense) contemporánea, el sociólogo político estadounidense Robert D. Putnam ha ofrecido un muestrario de 'invenciones sociales para el nuevo milenio' paralelo (quién sabe si compatible) al de Boltanski y Chiapello. Pero mientras que las sendas teóricas transitadas por los sociólogos franceses les conducen a interesarse por una serie de experimentos recientes en materia de instituciones formales (eg. sistemas legales "reticulares" como el derecho de actividad o el principio de precaución), las herramientas teóricas de detección de la realidad social empleadas Putnam y sus colegas del Saguaro Seminar de la Escuela de Administración Pública John F. Kennedy de la Universidad de Harvard (www.ksgwww.harvard.edu/saguaro) desembocan en la promoción de iniciativas colectivas de naturaleza más informal (Putnam, 2002: 544-561). Más concretamente de un conjunto heterogéneo de pequeñas "sugerencias creativas", desde la reducción de jornada a los trabajadores que realizan actividades de voluntariado a la participación en grupos corales o la realización de estudios de "impacto sobre el capital social", pasando por nuevos tipos de actividades extraescolares como los talleres de escritura creativa, nuevos tipos de servicios empresariales a los trabajadores, como grupos de debate, iniciativas de periodismo cívico, teatro comunitario, deportes de equipo y otros tantos proyectos posibles de intervención organizativa y desarrollo comunitario a nivel local, tan aparentemente "ridículos" como objetivamente imaginativos. "Volviendo la mirada atrás desde el umbral del siglo XXI, resulta difícil imaginar un tiempo sin *boyscouts*, pero hace un siglo debió de haber parecido extravagante que en el siglo XX el equivalente de la banda formada por Tom Sawyer antes de la guerra civil en los bancos de arena del Mississippi apareciera llevando sombreros y abalorios por méritos y pronunciara la promesa *scout*. No obstante, instituciones como las de los *boyscouts* proporcionaron un foro nuevo y de éxito a la formación de una comunidad juvenil." (Putnam, 2002: 543).

²⁶ Sobre la metodología de PROSPERO (*PROgramme de Sociologie Pragmatique, Expérimentale et Réflexive sur Ordinateur*, à Doxa, 1995-1999), el programa informático empleado por Boltanski y Chiapello para su

Pero, si uno ha leído bien el libro, la apuesta política explícita a la que se adhieren sus autores iría más bien en favor y no en contra de un trabajo social orientado a ralentizar en la medida de lo posible la marcha infernal a la que navega la nueva máquina. Lo cual implicaría, en el caso concreto de la investigación social, aumentar el número de pixels por imagen en vez de reducirlo. La realización de películas sobre la esencia de la vida contemporánea cada vez más ambiciosas sobre el papel (del guion) y más modestas en sus técnicas de filmación (formatos económicos de video digital de ‘bajo pixelado’) se compadece poco y mal con este objetivo. Una forma alternativa, aunque ligeramente más enigmática de decir lo mismo es sostener que, al margen de consideraciones más o menos objetivas sobre su calidad técnica, estética o política relativa, las imágenes del *reality game* más *trash* de cuantos podemos ver diariamente en la televisión comercial nos parecen infinitamente más auténticas que la penúltima *œuvre* de la penúltima *nouvelle vague* del *cinéma documentaire d’auteur*. Más justas, por tanto, en términos estrictamente morales de respeto a la singularidad que es propia de la condición humana.

Tras la fachada de una supuesta máquina de acumulación casi perfecta, que guarda como secreto de su eterna juventud la artera confiscación del movimiento, este sí perpétuo del imaginario libertario, se adivina, creo, la presencia de la auténtica bestia negra de esta sociología de la denuncia ‘y media’²⁷. Esta “bestia fascinate”²⁸ no es otra que el eternamente joven y “extraño”²⁹ retoño de aquello que el antropólogo británico Ernest Gellner (1975) calificara en su día de forma harto peyorativa como una “peculiar forma californiana de irracionalidad sesentera”: la inmortal sociedad ordinaria de Durkheim (Garfinkel, 2002; Izquierdo, 2003) que, como la vieja máquina capitalista, cabalga de nuevo, renovada en todo momento, en toda situación, por toda la gente que habita cada situación en cada momento e impudicamente indiferente a la existencia bien real del inmenso catálogo de observaciones universales, estructuras genéricas, procesos abstractos y objetos

análisis de textos, véase Chateauraynaud y Torny (1999: 430-451). “Ningún sociólogo puede lamentar el tener que dedicarse durante meses, y quizás en su vejez, a realizar operaciones perfectamente triviales. Se paga caro el intento de descargarse de esta tarea con la ayuda de medios mecánicos, si es que realmente quiere sacarse algo de ella, aunque lo que se saca sea con frecuencia muy poca cosa.” (Weber, 1998: 193-194).

²⁷ “A denunciador, denunciador y medio” es la expresión que emplea Bruno Latour (1993: 67) para capturar el eco socio-político de la antropología filosófica de René Girard. Si bien, a continuación en el mismo párrafo, Latour exime al trabajo de Boltanski y Thévenot (*De la justificación*) de haber incurrido en el clásico error modernista que achaca a Girard (v.g. el olvido de los objetos), mi impresión es que NEC está más cerca de la meta-crítica girardiana que del ideal latouriano de una “antropología simétrica”. (Incidentalmente, considero que los estudios antropológicos del propio Latour están también muy alejados de sus propias exigencias programáticas).

²⁸ “*Inmortal ordinary society is a wonderful beast.*” (Garfinkel, 2002: 96.)

²⁹ “*Inmortal, ordinary society is strange.*” (Garfinkel, 2002: 96.)

independientes, recopilado en los corpus bibliográficos de las ciencias sociales y las ciencias naturales.

“¿Cómo se olvidó el ser, de dónde vino este olvido, dónde y con qué medios podrá el hombre recuperar la memoria? Estas tres preguntas, que son una sola, van a obsesionar a Heidegger y a dirigir su enseñanza y sus posiciones filosófico-políticas desde fines de los años veinte hasta su muerte.” (Steiner, 1999: 101).

El sociólogo Harold Garfinkel ha reformulado, y en parte respondido tentativamente, a las tres preguntas fundamentales de Heidegger³⁰ en la forma del siguiente descubrimiento etnometodológico:

“Puede ser que en los detalles especificados de las dos tecnologías inconmensurables de análisis que los estudios etnometodológicos han revelado, los etnometodólogos hallan caído en la cuenta de una cosa organizacionales en y en tanto que la sociedad ordinaria, y con ella un vasto dominio de nuevos fenómenos organizacionales, a saber, el diseño, disponibilidad, gestión y presencia en el lugra de trabajo de métodos analíticos cualificados y cuidadosos -los estudios clásicos- que consisten en los detalles organizacionales de la sociedad ordinaria, y proporcionan a sus miembros justificaciones razonadas para descartar como falto de interes e irrelevante el trabajo vivido, concertado, inevitablemente encarnado, continuamente logrado en detalles de contenido específico que realizan realizar (*that make up making*) las cosas organizacionales más ordinarias del mundo. Estos fenómenos organizacionales, los más ordinariamente logrados del mundo, son cualesquiera posibles temas de lógica, significado, razón, método y orden. Todos hellos pueden ser hallados de nuevo y reespecificados como fenómenos de lógica razón, significado, método, etc. endógenamente facturados (*endogenously made*) y naturalmente explicables (*naturally accountable*).” (Garfinkel, 2002: 168).

³⁰ “¿Qué tuvo que suceder para que el más importante, fundamental y determinante de los conceptos, el concepto de ser, se deteriorara tan gravemente? ¿Qué “olvido del ser” ha reducido nuestra percepción del es a un pedazo inerte de sintaxis, o sea, a un puro vapor? La completa “destrucción de la metafísica” que emprende Heidegger, su crítica de Platón, Aristóteles, Leibniz, Kant, Hegel y Nietzsche, es un intento de contestar esta pregunta. Para Heidegger, la historia de la civilización occidental, vista desde las dos perspectivas dominantes y decisivas, la de la metafísica a partir de Platón y la de la ciencia y la tecnología a partir de Aristóteles y Descartes, es, nada menos ni nada más, que la historia de cómo fue olvidado el ser. El siglo XX es el producto culminante, aunque perfectametne lógico de esta amnesia. Esta situación es el objeto de la segunda pregunta de Heidegger: ¿Exactamente de qué manera psicológica y material la condición del hombre moderno occidental, y en especial el hombre urbano, representa, actúa, un olvido del ser? ¿Qué tipo de vida llevamos en un ámbito de realidad donde ha desaparecido por completo la conciencia esencial y la reflexión del enigma de la existenciariedad, del “estado de presente” de los entes? El intento de dar una respuesta cabal inspirará a Heidegger numerosas discusiones sobre las actuales crisis de enajenación y de deshumanización, sobre el fenómeno omnipresente que él llama “nihilismo”. [...] Su tercera pregunta se desprende con naturalidad de todo lo anterior. ¿La entidad se le ha escapado irremisiblemente de las manos al ser humano o existen procesos y encarnaciones de experiencia donde el sentido original de la esencia permanezca vital, y por lo tanto, recuperable? ¿Queda algo sobre lo cual el hombre de finales del siglo XX pueda construir si decidiera intentar un regreso a “la casa del ser”? De esta tercera pregunta surgirán los textos de Heidegger sobre los presocráticos (con quienes debe empezara cualquier “regreso”), sobre poesía, sobre las bellas artes y sobre arquitectura.” (STEINER, 1999: 99-101).

La etiqueta de “Sociología heideggeriana” ofrece una definición taquigráfica del proyecto de la etnometodología muy propia, cuando menos como pie expositivo dentro de un contexto académico. Como en tantos otros casos, la cuestión del estilo es aquí la más inmediatamente aparente y eficaz como evidencia probativa de las afinidades electivas entre la filosofía de Heidegger y la sociología de Garfinkel. De la “deliberada singularidad” del estilo de escritura de Garfinkel, puede decirse, como dice Steiner de la de Heidegger, que es sentida por el lector como algo “repelente o fascinante o como una mezcla perturbadora de las dos cosas.” (Steiner, 1999: 245). En fin, si tomamos como plausibles la hipótesis de que el descubrimiento heideggeriano-etnometodológico del enigma de la inconmensurabilidad radical entre las formas analítico-formales de la existencia y la producción *in vivo* de la experiencia del mundo³¹ tiene un ancestro absolutamente distintivo en el pensamiento griego presocrático³², entonces tanto a la obra filosófica de Heidegger como a la

³¹ Para introducir uno de los tópicos fundamentales que examina la obra del filósofo alemán Martin Heidegger (1889-1976), uno de sus más perspicaces hermeneutas, el filólogo, ensayista y crítico literario, George Steiner, tras citar la observación del propio Heidegger de que a la gran mayoría de los seres humanos, la pregunta por el ser se les presenta “en momentos de gran desesperación, cuando las cosas parecen perder toda su consistencia y se nubla su sentido”, examina el modo distintivo de ejemplificar que emplea Heidegger para hacer palpable el problema de la presencia del ser como un problema sensible, no analítico. “En efecto, los sentidos son esenciales para entender esta “presencia del ser”, para nuestra aprehensión de un ser en ciertas cosas que no puede aislar ninguna disección alalítica o relación verbal. Los ejemplos de Heidegger son a un tiempo banales y relevantes. “Oímos” volar a un pájaro aunque estrictamente hablando el vuelo no sea “audible”; nuestro tacto distingue de inmediato entre el terciopelo y la seda, pero “en qué reside y en qué consiste el ser?” (Steiner, 1999: 104-105). Compárese este modo de ejemplificar con la introducción que hace Garfinkel al tema etnometodológico de los “haceres sonoros” (*sounded doings*) en su exposición de una serie de ejercicios de entrenamiento sociológico (*tutorial problems*) que tienen como motivo el problema de los “teléfonos llamadores” (*summoning phones*), esto es, los diversos procedimientos metódicos (como la grabación y la diagramación) que empleamos para plasmar (*render*) analíticamente las texturas sonoras francamente distintivas que somos capaces de discernir en el pitido emitido por un aparato telefónico cuando sabemos que la llamada “es para mí”, “es para ti”, etc. (Garfinkel, 2002: 153-162). Más aun: en una variación heideggeriana altamente pertinente aquí, Steiner introduce en su exposición del tema heideggeriano del olvido del ser el ejemplo “que, por desgracia, Heidegger casi nunca considera” de la experiencia musical (“La música proporciona a la mayoría de los seres humanos los momentos vivenciales más completos y más intensos que se puedan experimentar”, cf. Steiner, 1999: 105 y ss.). La descripción pormenorizada del infinito abismo de detalles experienciales en que consiste la producción local endógena, esto es, la experiencia *in vivo* de “hacer” sonidos musicales coherentes, es presentada por Steiner en su más absolutamente radical originalidad pragmatogénica: “Si un imaginario habitante de otro planeta preguntara: “¿Qué es, entonces, la música?” nosotros podríamos cantar una melodía o tocar con las cuerdas una pieza, y diríamos sin titubeo: “Esto es la música.” Y si después preguntara: “¿Qué significa”, la respuesta la tendríamos ahí, en forma contundente, dentro de nosotros, pero sería en vano que tratáramos de expresarla. Cuando a Schumann le hicieron esta pregunta, a propósito de una de sus obras, la tocó de nuevo.”, *id.*, 197). Ha sido el sociólogo David Sudow, a la sazón alumno de Garfinkel, quien ha llevado esta empresa distintivamente heideggeriana a su cima más alta en su libro *Ways of the Hand* (Sudnow, 2001).

³² Garfinkel, citando una observación de su colega Egon Bittner, afirma que “después de los griegos estos maravillosos temas [de lógica, razón, significado, método y orden] fueron a la universidad y volvieron

obra sociológica de Garfinkel, pero sobre todo a ésta segunda, les sería, creo, aplicable “la instrucción al lector” con la que el filólogo Agustín García Calvo cierra los prolegómenos de su traducción castellana de los fragmentos recuperados del libro perdido de Heráclito.

“Pues de eso es de lo que se trata: de leer por las buenas los restos de ese libro como si no se hubiera escrito hace 2.500 años, en la época de Heraclito de Efeso y sus circunstancias sociales, sino que estuviera escribiéndose ahora mismo para tí, lector, según lo vas leyendo, y hablándote de las cuestiones eternas, que son las más actuales siempre y, cuanto más comunes, más de veras tuyas. Que bien pueden así confundirse actualidad con eternidad, pues, para la operación de la razón común, 2.500 años no son nada, y como ella misma oírás que dice, el Tiempo es un niño.” (García Calvo, 1985: 28).

Justamente: el programa de la etnometodología³³, tal como lo ha expuesto Garfinkel en su reciente libro *Ethnomethodology's Program. Working Out Durkheim's Aphorism* (2002) se erige sobre el *praxioma* o *existencioma* de que en la vida ordinaria no hay espacio para “tiempos muertos” (*there's no time out*). Esto es, no hay espacio teórico en el mundo para remediar lo que de irremediablemente contingente tiene la praxis real.

Pero si el cumplimiento de la ‘instrucción’ que nos promete reparar un error o mejorar un desempeño exige, de forma irremediable, irreparable, un actividad práctica sujeta ella misma a errores de desempeño irreparables³⁴ ¿cómo sería posible, entonces, remediar y mejorar “la experiencia ordinaria de las relaciones

educados. Sin embargo todos ellos pueden ser hallados de nuevo y reespecificados como avatares de las cosas más ordinarias del mundo.” (Garfinkel, 2002: 168). Por su parte, en su introducción al pensamiento de Heidegger, Steiner proporciona unas coordenadas histórico-culturales más precisas para dotar de contenido al localizador informal (“después de los griegos”) utilizado por Bittner: “Sócrates y Platón fueron los primeros en dar “el paso hacia la filosofía.” Esto quiere decir que fueron ellos los primeros en postular el problema de la existencia en una forma analítico-racional. A ellos les pertenece esa hazaña, dice Heidegger; pero también (y en esto sigue una paradoja de Nietzsche) les corresponde ser un síntoma de decadencia. Anaximandro, Heraclito y Parménides, anteriores a ellos, no necesitaron ser “filósofos”. Eran “pensadores (*Denker*) hombres inmersos en el radical asombro (*thaumazein*) de ser.” (Steiner, 1999: 85).

³³ Para un argumento teórico sobre la vigencia y aun la extrema relevancia del programa etnometodológico de aprendizaje y enseñanza de las extrañas maravillas de la sociedad ordinaria inmortal de Durkheim entendido como parte y parcela de la actual situación académica y profesional de la sociología internacional, vid. las pp. 48 y ss de la introducción editorial de Anne Warfield Rawls en Garfinkel (2002).

³⁴ “Todo intento de escapar [a servidumbres laborales inevitables y por tanto carentes de remedio o alternativa] emplea justamente esas mismas condiciones y prácticas a las que busca remedio para demostrar que ha encontrado un remedio.” (Garfinkel, 2002: 101, n. 17.) O también: “Todo intento de remediar o evitar la *ecceidad* [*haecceity*] de cualesquier cosa que la *ecceidad* modifica –p.e. detalles o la sociedad inmortal–, preserva, en las prácticas materiales con las que la demostración garantiza que la cosa ha sido evitada o remediada, la misma cosa que causaban el problema.” (Garfinkel, 2002: 153, n. 14.)

complejas entre condición común y condiciones específicas” mediante la investigación sociológica? Los fenómenos “parapráticos”³⁵ descubiertos por la etnometodología carecen de privilegio ontológico o epistemológico alguno: no existen sino como una subprovincia más del reino de la vida, a cuyas banales servidumbres no pueden tampoco sustraerse. Las prácticas alternas que han sido descubiertas por los estudios etnometodológicos sobre el trabajo no son en modo alguno “propuestas teóricas” ni descripciones de otras realidades posibles, sino realidades atestiguables en sí mismas: cosas sociales únicamente experimentables como “cosas ordinarias”, por tanto pública y rutinariamente observables, escuchables, palpables, que se pueden oler, degustar, presentir, etc. como cosas absurdamente banales, ridículamente evidentes, por tanto necesariamente “pasadas por alto” y aun exigiblemente “pasables por alto”, absolutamente “no interesantes” y a la vez, para cualquiera en cualquier momento específico en cualquier situación específica, absolutamente indispensables y específicamente ineludibles.

“En varios departamentos universitarios se imparten enseñanzas etnometodológicas útiles para el estudio del trabajo y las ocupaciones. Estas enseñanzas requieren poner un énfasis especial en las propiedades indexicales inevitables e inerradicables que debe poseer una descripción adecuada del trabajo, etc. Requieren también atender a la adecuación única de la competencia del analista/practicante como requisito para validar pragmáticamente la descripción de los métodos de trabajo. Esto implica mantenerse indiferente respecto al analista transcendental y prescindir del observador universal. Las “descripciones etnográficas” así realizadas dan cuenta de las “relevancias” específicas del lugar de trabajo, las cuales consisten en

³⁵ La forma del prefijo giego “pará-”, según el diccionario de uso del español de María Moliner, “expresa a la vez las ideas de ajeno o exterior y próximo”. Sus formas compuestas, como paradoja (de pará y “doxa”, opinión) o paranoia (de pará y “nus”, mente), refieren la “extrañeza” y el “absurdo” que pueden llegar a adoptar las formas familiares como las opiniones o los pensamientos. El sustantivo parapraxis se refiere, entonces, a una tarea realizada, como si dijéramos, “por su borde exterior”: la labor es correcta, efectiva, bien hecha, etc. y a la vez “realmente extraña”, pues a quienes la llevan a cabo de ordinario les parece completamente absurdo que alguien se halla “tomado la molestia” de llevarla a cabo con el único fin de demostrar que existe. Un ejemplo específico y específicamente banal de fenómeno paraprático descubierto por los estudios etnometodológicos del trabajo científico consiste en la existencia públicamente atestiguable, es más, instruiblemente observable e instruiblemente reproducible de “pares del mundo de la vida” (*Lebenswelt pairs*), parejas de prácticas alternas indisociables a la vez que asimétricamente inconmensurables entre sí, como por ejemplo (1) “la prueba escrita de un teorema matemático” y (2) “el trabajo situado y en tiempo real de “escribir la prueba con tiza y pizarra” (Livingston, 1986); o bien: (1) la secuencia de frases escritas que van apareciendo sucesivamente en el panel de diálogo de una fotocopiadora y que describen “cómo hacer para hacer una fotocopia a doble cara” y (2) el trabajo corporal *in vivo e in situ* de leer entre líneas lo escrito en el cuadro de diálogo y convertirlo en “instrucciones a seguir” para hacer las copias (Suchman, 1987); o bien: (1) la grabación en audio y video del trabajo de dar palmas acompañadas al ritmo estándar de un metrónomo y (2) el trabajo real *in vivo* de “darse el tiempo necesario” (*making the time we need*) para acompañar las palmas al tiempo en el que han de tener lugar, esto es, el tiempo que el metrónomo está marcando (*is marking*) (GARFINKEL, 2002: 150-153).

la coherencia en curso, ocupacionalmente específica, instruiblemente observable e instruiblemente reproducible de detalles fenoménicos ordenados de estructuras. El verdadero blanco del remedio experto es el hecho de la teorización representacional, al que sustituye por el fenómeno mismo como origen y fuente del problema.” (Garfinkel, 2002: 133).

En un epílogo añadido en enero de 2002 a su obra superventas *No Logo*, la periodista y activista anti-globalización canadiense Naomi Klein afirmaba que, tras los atentados del 11 de septiembre de 2001 contra el *World Trade Center* de Nueva York, los movimientos de “resistencia global” están en la actualidad “pasando a una etapa más profunda, menos centrada en actos de resistencia simbólica y en protestas teatrales y más en “encarnar nuestras alternativas en el vivir cotidiano”, como se dijo en una reciente cumbre sobre la acción directa celebrada en Nueva York.” (Klein, 2002: 539) De inmediato, la pregunta que asalta al lector resabiado es ¿cómo se hace para “encarnar” modos “alternativos” específicos de hacer las cosas en el flujo continuo e imparable del “vivir cotidiano”? ¿Dónde está el manual de instrucciones para hacer lo que la frase dice que es posible hacer, siquiera en un caso concreto? ¿Existe algún manual de este tipo? ¿Sería posible escribirlo?

Exactamente en este sentido, en el sentido de que tales preguntas prácticas carecen muy posiblemente de respuestas prácticas, puede sostenerse que nada hay más ajeno a un ejercicio realmente válido de “reforma de la razón técnica”, esto es, nada hay más demostrablemente impracticable, nada más irreal, que la vieja “idea”, de que “la sociología puede aportar cosas a la experiencia ordinaria”.

Referencias

- AGRÉ, P. (1998); “Hazards of Design: Ethnomethodology and the Ritual Order of Computing”, ponencia presentada en la Conferencia Anual de la Asociación Americana de Sociología, Sesión sobre Etnometodología: estudios híbridos sobre el trabajo, San Francisco, agosto.
- ARENDT, H. (1995a); “Comprensión y política” [1953], en Arendt, *De la historia a la acción*, Barcelona, Paidós, 29-46.
- (1995b); “Labor, trabajo, acción. Una conferencia” [1957], en Arendt, *De la historia a la acción*, Barcelona, Paidós, 89-107.
- BÉNATOUÏL, T. (1999); “Critique et pragmatique en sociologie”, *Annales HSS*, 54, 281-317.
- BESSY, C. Y F. CHATEAURAYNAUD (1995); *Experts et faussaires*, París, Métailié.
- BIELBY, W.T. Y D.D. BIELBY (1999); “Organizational Mediation of Project-based Labor Markets: Talent Agencies and the Careers of Screenwriters” *American Sociological Review*, 64: 64-85.

- BOLTANSKI, L. (1982); *Les cadres*, Paris, Minuit.
- (1984); “La dénonciation”, *Actes de la recherche en sciences sociales*, 51, 3-40.
- (1990); *L’amour et la justice comme compétences*, Paris, Métailié.
- (1993a); “Dissémination ou abandon: la dispute entre amour et justice et l’hypothèse d’une pluralité de régimes d’action”, en L. Quéré (dir.) *La théorie de l’action*, Paris, CNRS, 235-259.
- (1993b); *La souffrance à distance*, Paris, Métailié.
- y L. THÉVENOT (1983); “Finding one’s way in social space: A study based on games”, *Social Science Information*, 22, 631-80.
- y — (1991). *De la justification*, Paris, Gallimard.
- y E. CHIAPELLO (1999); *Le nouvel esprit du capitalisme*, Paris, Gallimard [trad. *El nuevo espíritu del capitalismo*, Madrid, Akal, 2002].
- BOURDIEU, P. (2000); “La fuerza del derecho. Elementos para una sociología del campo jurídico” [1986], en Bourdieu, *Poder, derecho y clases sociales*, Bilbao, Desclée, 165-223.
- BRENT, J. (1997); *Charles Sanders Peirce. A Life*, Bloomington, IN, Indiana University Press.
- BROOKS, D. (2001); *BoBos en el paraíso*, Madrid, Mondadori.
- CALLON, M. y B. LATOUR (1981); “Unscrewing the Big Leviathan”, en A. Cicourel y K. Knorr-Cetina (eds.), *Advances in Social Theory and Methodology*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 277-303.
- CHATEAURAYNAUD, F. (1991); *La faute professionnelle*, Paris, Métailié.
- y D. TORNY (1999); *Les sombres précurseurs*, Paris, EHESS.
- CHIAPELLO, E. (1998); *Artistes versus managers*, Paris, Métailié.
- CORCUFF, P. (1998); *Las nuevas sociologías*, Madrid, Alianza.
- DELEUZE, G. (1986); *Nietzsche y la filosofía* [1967], Barcelona, Anagrama.
- DEROUET, J.-L. (1993); *Ecole et Justice*, Paris, Métailié.
- DESROSNIÈRES, A. (1995); “Cómo fabricar cosas que se sostienen entre sí. Las ciencias sociales, la estadística y el Estado” [1990], *Archipiélago*, n° 20.
- DODIER, N. (1991); “Agir dans plusieurs mondes”, *Critique*, 529/530, 427-458.
- (1993a); *L’expertise médicale*, Paris, Métailié.
- (1993b); “Les appuis conventionnels de l’action”, *Reseaux*, 62, 65-85.
- (1995); *Les hommes et les machines*, Paris, Métailié.
- (2001); “Une éthique radicale de l’indexicalité”, en M. De Fornel, A. Ogien & L. Quéré (dirs.), *L’ethnométhodologie. Une sociologie radicale*, Paris, La Découverte, 315-330.
- e I. Baszanger (1997); “Totalisation et alterité dans l’enquête ethnographique”, *Revue française de sociologie*, 38, 37-66.
- DOSSE, F. (1995); *L’Empire du sens*, Paris, La Découverte.
- EYMARD-DUVERNAY, F. y E. MARCHAL (1997); *Façons de recruter*, Paris, Métailié.
- FAULKNER, R. y A. ANDERSON (1987);

- “Short-Term Projects and Emergent Careers: Evidence from Hollywood”, *American Journal of Sociology*, 29: 879-909.
- GARCÍA CALVO, A. (1985); *Razón común. Edición crítica, ordenación, traducción y comentario de los restos del libro de Heraclito*, Madrid, Lucina.
- GARFINKEL, H. (1984); *Studies in Ethnomethodology* [1967], Londres, Polity.
- (2002); *Ethnomethodology's Program*, Lanham, Rowman & Littlefield.
- GELLNER, E. (1975); “Ethnomethodology: the re-enchantment industry or the California way of subjectivity”, *Philosophy of the Social Sciences*, 5, 431-450.
- HACKING, I. (1993); *La domesticación del azar*, Barcelona, Gedisa.
- IZQUIERDO, A. J. (1999); *De la fiabilidad*, Tesis doctoral inédita, Universidad Complutense de Madrid.
- (2000); “Art Imitating Nature: Scientific Authorship and Appropriatory Art”, ponencia presentada en la conferencia *The Economics of Scientific Publishing*, EIPE, Universidad de Rotterdam.
- (2002a); “Delitos, faltas y Premios Nobel. Autoría científica, riesgo económico y responsabilidad moral en el escándalo financiero de Long-Term Capital Management”, *Política y Sociedad*, 39 (2), 339-359.
- (2002b); “Conectar, calcular, juzgar. Del análisis de redes como fenómeno sociológico”, *Papers*, 68, 191-214.
- (2003); “La tercera juventud de Harold Garfinkel: una nueva invitación a la etnometodología”, *Anduli. Revista Andaluza de Sociología*, 3: 47-66.
- JONAS, H. (1997); *Técnica, medicina y ética* [1985] Barcelona, Paidós.
- KLEIN, N. (2002); *No Logo*, Barcelona, Paidós (2ª edición).
- KOURILSKY, P. Y G. VINEY (2000); *Le principe de précaution*, París, Odile Jacob.
- LAFAYE, C. Y L. THÉVENOT (1993); “Une justification écologique? Conflits dans l'aménagement de la nature”, *Revue française de sociologie*, 34, 495-524.
- LATOUR, B. (1992); *Ciencia en acción*, Barcelona, Lábor.
- (1993); *Nous n'avons jamais été modernes*, París, La Découverté.
- (1995); “Moderniser ou écologiser. A la recherche de la septième Cité”, *Écologie politique*, 13, 5-27.
- LEMIEUX, C. (1999); *Mauvaise presse*, París, Métailié.
- LEVIDOW, L. (2001); “Precautionary Uncertainty: Regulating GM Crops in Europe”, *Social Studies of Science*, 31 (6): 842-874.
- LIVINGSTONE, E. (1986); *The Ethnomethodological Foundations of Mathematics*, Londres, Routledge & Keegan Paul.
- LYNCH, M. (1993); *Scientific Practice and Ordinary Action*, Cambridge, UK, Cambridge University Press.
- MANDELBROT, B. (1997); *Fractales, hasard et finance*, París, Flammarion.

- PEIRCE, C. S. (1958); "The Doctrine of Necessity" [1892], en P. Wiener (ed.), *Charles S. Peirce, Selected Writings (Values in a Universe of Chance)*, Nueva York, Dover, 160-179.
- PEUKERT, H. (2000); "Review book of Luc Boltanski & Eve Chiapello, *Le nouvel esprit du capitalisme*", *European Electronic Newsletter of Economic Sociology*, 2, 19-21.
- POLLAK, M. (1993); *Une identité blessée*, París, Métailié.
- PUTNAM, R.D. (2002); *Solo en la bolera*, Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores.
- RUSKOFF, D. (2001); *Coerción*, Barcelona, La Liebre de Marzo.
- SAMPSON, S. (1996); "The Social Life of Projects: Importing Civil Society to Albania", en C. Hann y E. Dunn (eds.), *Civil Society: Challenging Western Models*, Londres, Routledge.
- STEINER, G. (1999); *Heidegger*, Madrid, Fondo de Cultura Económica.
- SUDNOW, D. (2001); *Ways of the Hand. A Rewritten Account*, Cambridge, MA, Cambridge University Press.
- SUCHMAN, L. (1987); *Plans and Situated Actions. Plans and Situated Action. The Problem of Human-Machine Interaction*, Cambridge, UK, Cambridge University Press.
- (2001); "Anthropology as 'Brand': Reflections on corporate Anthropology", Working paper, Department of Sociology, Lancaster University. (<http://www.comp.lancs.ac.uk/sociology/soc058ls.html>)
- THÉVENOT, L. (1983); "L'économie du codage social", *Critiques de l'Économie politique*, 23-24, 188-222.
- (1984); "Rules and Implements: Investments in Forms", *Social Science Information*, 23, 1-45.
- (1997); "Un gouvernement par les normes. Pratiques et politiques de formats d'information", en B. Conein y L. Thévenot (dirs.), *Cognition et information en société*, París, EHESS, 205-242.
- (1998); "Pragmatiques de la connaissance", en A. Borzeix, A. Bouvier y P. Pharo (eds.), *Sociologie et connaissance*, París, CNRS, 101-139.
- WEDEL, J. (2001); *Collision and Collusion*, Nueva York, Palgrave.
- WEBER, M. (1998); "La ciencia como vocación" [1919]. en Weber, *El político y el científico*, Madrid, Alianza, 181-233.

A. JAVIER IZQUIERDO

Departamento de Sociología I.
Facultad de Ciencias Políticas y
Sociología.
UNED. Madrid.
e-mail: jizquier@poli.uned.es.